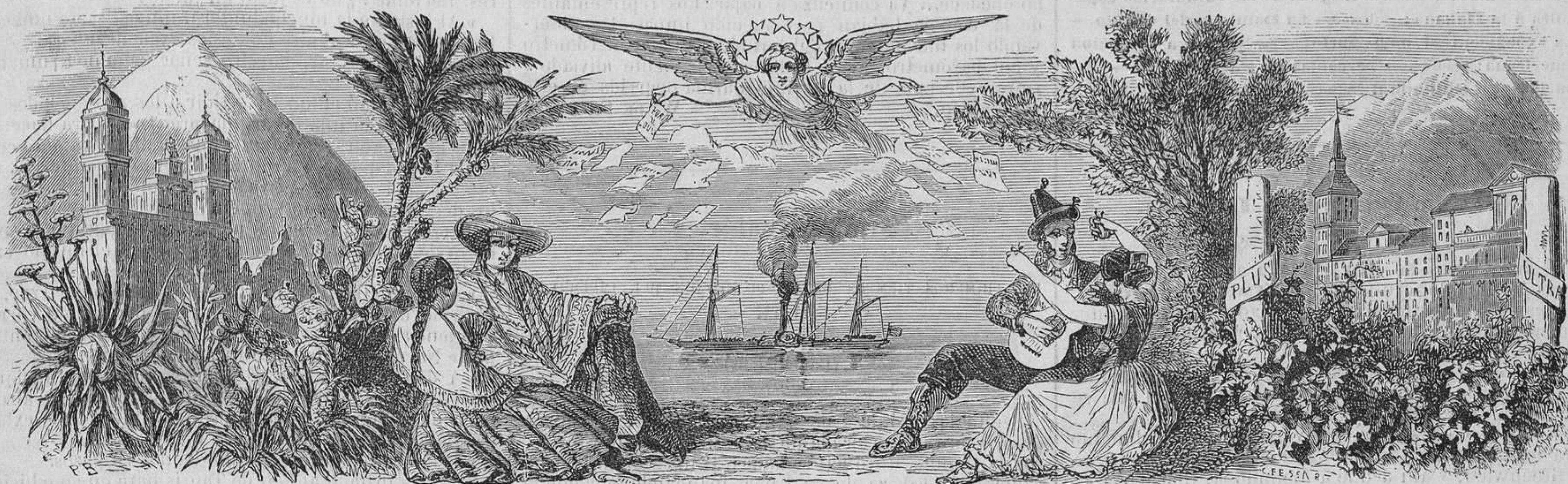


# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



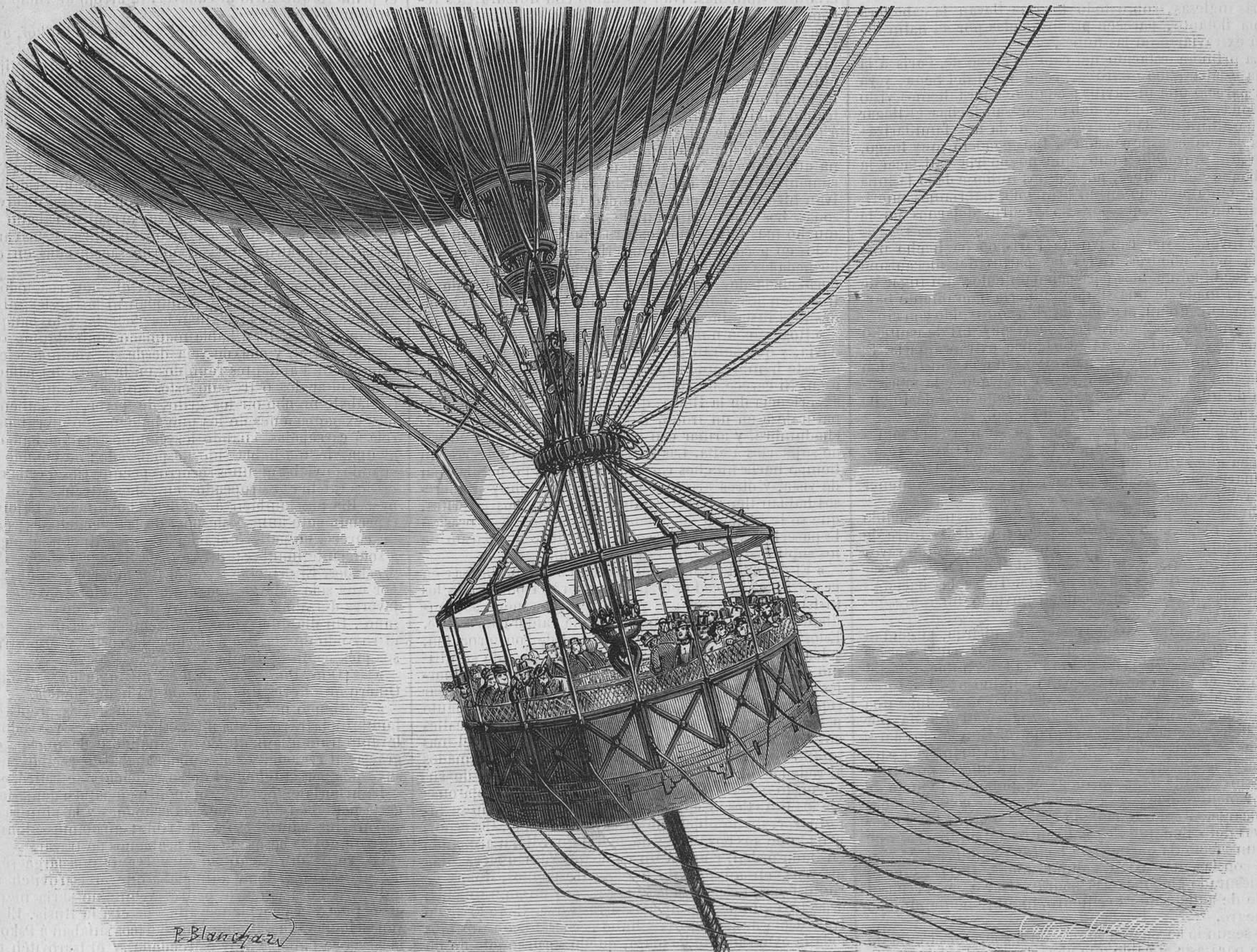
Al presente número acompaña el número 11 de la *Moda*.

1869. — Tomo XXXIII.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

Administración general, passage Saulnier, número 4, en París.

AÑO 28. — N° 856.



El globo cautivo de Londres: la navecilla.



## SUMARIO.

**El globo cautivo de Londres;** grabado. — **Estudios históricos.** — **La Exposición de Bellas Artes de 1869;** grabados. — **¡Espera!** — revista de París. — **Poesías.** — **Los lunes de la Emperatriz Eugenia;** grabado. — **Los nuevos uniformes del ejército suizo;** grabado. — **Llegada de los voluntarios españoles á la Habana;** grabado. — **La Damsela del castillo.** — **La expedición al polo Norte;** grabado. — **Una invención americana;** grabado. — **Cercanías de París;** grabado. — **Manuela.** — **La Guillotina;** grabado.

**El globo cautivo de Londres.**

Los parisienses no han olvidado aun las aventuras aéreas á bordo del cautivo de la Exposición universal, y así es que comprenderán la emoción que ha producido en Inglaterra la inauguración del gran cautivo de Londres.

Dos veces mas voluminoso que el de París, este maravilloso globo ofrece un terreno neutro en el que se encuentran el capricho y la ciencia.

En la navecilla se ha reservado un compartimiento para los instrumentos del observatorio meteorológico de Greenwich, y allí acude á menudo M. Glaisher á estudiar la ley de decrecimiento de las temperaturas y de aumento de las nieblas. Pero al lado hay una red de salvamento, por si acaso alguno de los viajeros tuviera la funesta idea de precipitarse desde una altura de 2,000 piés.

El gran cautivo de Londres solo necesita cinco minutos para elevarse á su estación superior. Sin embargo, hemos visto ya varios colegas que en ese trayecto se sentaban y maldecían su oficio de *reporter*. ¡Cuántas personas se quedarían en el camino antes de haber salvado los 300,000 kilómetros que nos separan de las selénites, si el cordel fuese bastante largo para llevarlas otra vez á la tierra!

Justo es confesar, no obstante, que por lo general, los viajeros soportan sin mucha emoción aparente los desordenados movimientos de la navecilla.

Las inglesas, sobre todo las que llevan la cabellera rubia flotante, parecen predestinadas por la naturaleza á extraviarse en las nubes.

La primera estación del camino aéreo de París á la luna estaba á 300 metros sobre el nivel del Sena, y ya nos pareció una maravilla; cuando ahora hemos visto personas que apenas se daban por satisfechas al llegar á una altura de 650 metros. Sin duda nos familiarizamos ya con estas ascensiones. Dios conoció muy luego, dice un proverbio indio, que no podría satisfacer la ambición del hombre, pues si nos hubiese dado la luna como tenia pensado en un principio, habríamos querido arrancarle el sol; por eso prefirió dejarnos en la tierra.

El inventor del cautivo de París no ha hecho una copia para Londres. Todas las partes del mecanismo han recibido notables perfeccionamientos. En lugar de estar formado de una simple cubierta ligeramente barnizada de cautchú, el globo ha sido construido con cinco telas sobrepuestas, entre las cuales hay dos de cautchú y una de cáñamo de una resistencia extraordinaria. El principio que emplea la naturaleza en la construcción de la piel de las cebollas, se ha aplicado á la fabricación de una cebolla aérea que contiene mas de 10,000 metros cúbicos de gas hidrógeno puro.

El cable que sujeta el globo á las amarras fué sometido á una resistencia de mas de 20,000 kilogramos, prueba que sufrió sin romperse. La navecilla contiene ordinariamente treinta personas, y podría contener hasta cincuenta.

Durante la primera ascension habria uno podido creerse trasportado sobre la plataforma de la torre de Babel, pues cada uno de los seres humanos que revoloteaba con nosotros en la niebla de Londres, expresaba sus impresiones en su lengua. Todas las naciones civilizadas de Occidente habian enviado un representante en aquel viaje aéreo.

Era un magnífico panorama. Sin embargo, la ciudad de Londres apenas podia entreverse por causa de las nieblas. ¡Qué seria si la gran ciudad se hubiese destacado en el fondo de un océano luminoso! El sol que hiere súbitamente los lienzos del globo, produce una dilatación repentina. La hinchazón se manifiesta por una fuerte oscilación del manómetro. Uno de los aeronautas se apodera de la cuerda del orificio inferior para acelerar la salida; pero esta maniobra quizás no bastará, pues al salir de las brumas el globo es juguete de una violenta ráfaga, y la navecilla oscila como si fuera á volcarse. El ojo espantado puede seguir las largas curvas del cable que llega al centro del anfiteatro, que por un efecto de perspectiva fácil de comprender, aparece con las mas exiguas dimensiones. Diríase que el desmesurado globo, jamás podrá volver á entrar en el fondo de aquel sombrío cilindro, lúgubramente pintado de negro.

El segundo aeronauta se precipita sobre el círculo de acero para asir el cable que abre la válvula mayor, situada en la parte alta. Ya un pasajero alarga la mano...

Un segundo de vacilación de la máquina, y el gas hidrógeno se lanzará á oleadas en la atmósfera. Van á dejar caer los *guide-ropes*. Mil maromas flotan debajo de la navecilla, como las cintas sueltas de la cabeza de una mujer agitada por el terror... Esos cordajes, juguete del viento, se enlazan y ondean... Oyense mil silbidos agudos... Todos se preguntan cómo se caerá en tierra... Pero la máquina trabaja en el fondo del sombrío anfiteatro; se oye, aunque vagamente, el silbido del vapor, los esfuerzos se acumulan, y por fin el globo obedece... Ya comienza á bajar. Los representantes de la ciencia habian permanecido impasibles observando los movimientos del termómetro, del higrómetro y del barómetro; pero cada cual se siente aliviado y respira despues de la terrible alarma ocurrida en este viaje aéreo.

W. DE F.

**Estudios históricos.**

LOS PRIMEROS TIEMPOS DE LA FUNDACION DEL IMPERIO DE RUSIA.

(Conclusion.)

Segun las crónicas de aquellos tiempos, esta plaga devastadora, encarnizada en la destrucción de Novogorod la Grande, duró seis semanas. Ivan recorrió las cercanías á la cabeza de su tropa, mandando por donde quiera el pillaje, principalmente en los monasterios. Envió á Moscou todo el dinero y alhajas que pudo reunir, y habiendo entrado en Novogorod, velaba él mismo para que la destrucción no dejase nada intacto. Hundían las puertas de las casas, ó entraban en ellas por las ventanas. No sufrieron menos las cercanías de la ciudad que la ciudad misma; pues el czar mandó destruir los alimentos, matar los animales domésticos y degollar toda la población sin distinción de personas ni edad.

» Cuando el monstruo no encontró ya casi víctimas para apagar su furor, quiso perdonar á los escasos residuos de esta población. Convocólos en la plaza pública, y se les vió salir de sus escondrijos, pálidos, extenuados, trémulos, y pareciendo mas bien fantasmas que criaturas humanas. Ivan les habló con dulzura, les recomendó que rogasen para que fuese su reinado largo y próspero, y se despidió de ellos. Tomó el camino de Pskow, con ánimo de imponer á esta ciudad el tratamiento que acababa de experimentar Novogorod; pero felizmente algunos motivos le hicieron mudar de resolución. Fueron saqueados los habitantes ricos, pero se les perdonó la vida. El arzobispo Pimen fué conducido á las cárceles de Alexandrowski, mientras que el piadoso *abad* se dignaba pronunciar definitivamente la pena que merecía. Novogorod no era mas que un vasto cementerio; y se dice que la espantosa venganza de Ivan hizo perecer en esta ciudad hasta sesenta mil personas. Los que escaparon de los asesinatos no fueron mucho mas felices que los otros, pues sucumbieron casi todos en poco tiempo de miseria, de hambre y de enfermedades contagiosas. De esta época aciaga fecha la decadencia de Novogorod la Grande, maravilla de la Rusia en los tiempos de barbarie, y una de las ciudades mas insignificantes hoy día.

» Rogamos á nuestros lectores que no se cansen todavía, y que sufran por algunos momentos mas la vista de este hombre que supo ensanchar los límites del crimen. Ni carece de interés el aprender, por la funesta experiencia de la Rusia, qué monstruos puede sentar la naturaleza en un trono, ó lanzar en medio de la muchedumbre, y armar con la espada de las leyes, en vez de sujetarlos á ella. Las cárceles de Moscou encerraban tiempo hacia muchos cautivos á quienes no perdía Ivan de vista, y otros arrestos mas recientes y muy numerosos habian llenado los calabozos de antiguos favoritos, que se le hicieran de repente sospechosos. Esta ocasión le pareció favorable para desplegar todo el aparato de los suplicios y dar un grande ejemplo.

» El día 25 de julio se alzaron diez y ocho horcas en la plaza del Mercado en Moscou. Aprestáronse todos los instrumentos de tortura, y se hizo una hoguera, suspendiendo encima de ella una enorme caldera de cobre. Estos preparativos llenaron la ciudad de consternación, y los habitantes imaginaron que habia llegado su último día, y que el emperador habia resuelto exterminarlos; así que huyeron todos ó se ocultaron sin pensar siquiera en cerrar sus tiendas ó sus casas, dejando cuanto poseían á merced de los rateros. Quedaron las calles enteramente desiertas; reinó por donde quiera el mas profundo silencio, pues hasta los *opríchniques*, formados al rededor de las horcas y de los otros aparatos de suplicio, lo observaban rigurosamente. En fin, dejáronse oír los timbales, y apareció el czar á caballo, con su hijo mayor, digno objeto de su cariño, al lado. Iba acompañado de sus boyardos y de su fiel guardia, marchando en buen orden, como á un combate. Venían en seguida los reos, en número de mas de trescientos, llenos de contusiones, despedazadas sus carnes y ensangrentados; espectros que podían apenas arrastrarse. Cuando llegó Ivan al pié de las horcas y hubo recorrido con sus ojos toda la extensión de la plaza, quedó sorprendido de no ver ningún espectador en toda ella, y dió orden al momento á su tropa que se esparciese por las calles para

reunir á los habitantes. Como esta operación no se hacia con la brevedad que hubiera querido su impaciencia, corrió á llamar él mismo á los moscovitas, convidándoles á la diversion que les habia preparado. Nadie osó desobedecer, y la plaza de ejecución se llenó en un momento de tímidos espectadores; y hasta los muros y los tejados se poblaron de gente. Entonces la robusta voz del czar hizo resonar la plaza con estas palabras:

» — Habitantes de Moscou: vais á ser testigos de severos escarmientos; pero no castigo mas que á traidores. Decidme: ¿no es justo mi juicio?

» Al instante la muchedumbre, muda hasta entonces, hizo estremecer el aire con estas exclamaciones:

» — ¡Viva el czar, nuestro señor y dueño! ¡mueran sus enemigos!

» Ivan mandó entonces dividir á los sentenciados en dos partidas, la una de los mayores reos, para hacerlos perecer, y la otra, compuesta de aquellos á quienes concedía la vida, que fueron unos ciento y veinte. El secretario del consejo privado proclamó los nombres de los desgraciados de la primera cuadrilla, cuya lista estaba escrita en un grande pliego de pergamino. El primero de ellos era Vescovaty, y leyendo el mismo czar su juicio, le dijo:

» — Ivan Mikhailof, ex-consejero íntimo del czar, tú has sido desleal para conmigo; has mantenido correspondencias con el rey Segismundo; has ofrecido entregarle Novogorod: hé aqui tu primer crimen...

» Y dejó caer un latigazo sobre la cabeza del anciano.

» — Tu segundo crimen es un poco menos atroz: ¡pérfido! ¡ingrato! tú has escrito al sultan; tú le exhortaste á apoderarse de Astracan y de Casan...

» Esta acusación fué seguida de dos latigazos.

» — Has instado al kan de Tauris para que me hiciese la guerra; has provocado la invasión de la Rusia: hé aqui tu tercer crimen.

» Aquí Vescovaty rompió el silencio, y levantando los ojos al cielo, dijo con modesta firmeza:

» — Tomo por testigo al Dios que conoce mis mas secretos pensamientos: él sabe que no he dejado nunca de ser fiel á mi príncipe y á mi patria. Todo lo que acabo de oír no es mas que un tejido de infames calumnias; mas no reclamaré en la tierra; el oído de mi juez está cerrado para la inocencia, y su corazón es inaccesible á la piedad. Apelo de esta sentencia al Señor del cielo y de los hombres: ante su trono tendreis, señor, que hacerme justicia...

» Los asesinos se apresuraron á taponarle la boca: colgáronle por los piés y lo despedazaron: Skouratof fué el primero que hirió al cadáver, le arrojó al suelo y le cortó una oreja.

» La segunda víctima fué el tesorero Fomikof, amigo de Vescovaty, acusado de los mismos crímenes:

» — Yo te saludo por última vez en la tierra, dijo á Ivan; ¡que Dios se apiade de tí en la otra vida, y no castigue tus crueldades como merecen!

» Su suplicio fué un exceso de barbarie: derramaban alternativamente sobre él agua hirviendo y agua fria, y despues de horribles y prolongados sufrimientos, vino la muerte en fin á librarle de tantos dolores. Su cadáver fué despedazado á sablazos lo mismo que el de Vescovaty. Los otros sentenciados fueron muertos de diversos modos; y hasta el mismo czar arrojó su caballo sobre un anciano y lo atravesó con su lanza. Esta carnicería duró cuatro horas, y fueron sacrificadas en ella cerca de doscientas personas.

» Estos actos en que desplegaba el monarca todo su poder y crueldad, no interrumpían ni las fiestas, ni los ejercicios religiosos: seguían las plegarias y los banquetes como antes. Ivan habia mandado venir algunos osos de Novogorod, y cuando veía desde sus ventanas cierto número de habitantes reunidos en la plaza del palacio, hacia soltar dos ó tres de estos animales contra ellos. Gustábase mucho oír los gritos de terror, las lamentables exclamaciones de los que habian sido mordidos, y reía á carcajadas, cuando los gemidos anunciaban que alguna víctima habia sido despedazada: de cuando en cuando enviaba algunos socorros pecuniarios á cada uno de los infelices estropeados en estas extrañas diversiones. Reunía tambien á su derredor muchos bufones, especialmente antes y despues de las ejecuciones; pero no carecía de peligro el oficio de divertir con agudezas á semejante hombre; un solo desliz perdía á los desgraciados. El príncipe Gvosdof fué muerto por el czar, por una sola palabra que no le sentó bien. A veces los favores del señor no eran muy del gusto de los cortesanos. Un día que estaba Ivan sentado á la mesa, llegó el voyvodo de Staritsa á hacerle la corte, y se postró á sus piés segun costumbre.

» — ¡Que Dios sea contigo, mi querido voyvodo! Quiero que lleves una señal de mi benevolencia.

» Y asiendo un cuchillo, cortó una de las orejas del hombre postrado á sus piés. El obsequioso voyvodo se levantó tranquilamente, é inclinándose de nuevo, dió gracias al czar del favor que acababa de recibir, hizo sus votos por la felicidad de su reinado y se retiró.

La historia entera de este monstruo parece demasiado corta para la relación de sus crímenes y la pintura de su carácter caprichoso y horrible; añadamos algunos otros rasgos al bosquejo que acabamos de trazar.

Los rusos entreveían en el porvenir una larga serie de calamidades: todo anunciaba que el tsarovitch seguiría las huellas de su padre, y que no seria menos cruel; pero la Providencia libró de él á la Rusia. El joven príncipe era valiente: los polacos sitiaban á Pskow, la plaza se hallaba muy estrechada, y el tsarovitch pidió permiso para ir á socorrerla á la cabeza de un pequeño ejército.



— ¡Hijo rebelde, le dijo el padre irritado, quieres unirte á mis boyardos para destronarme!

Tenia el brazo levantado para herir, y aunque Boris Godounof, que se hallaba presente, quiso parar el golpe, no lo consiguió, y la terrible vara de hierro alcanzó al príncipe y le lastimó. El furor del padre iba siempre en aumento, y en fin asestó un golpe tan fuerte sobre la cabeza de su hijo, que lo tendió á sus piés. Este espectáculo calmó al instante el furor del czar, palideció, y precipitó sobre el cuerpo del príncipe, exclamando:

— ¡Infeliz de mí, he muerto á mi hijo!

Intentó restañar la sangre que corría á raudales, llamó á los cirujanos, imploró la misericordia de Dios y el perdón de su hijo; mas empezaba ya á descargarse sobre él la justicia del cielo: la herida del príncipe era mortal. Besó este la mano de su padre, y exhortándole con dulzura á que no se abandonase á la desesperación, *muro*, le dijo, como hijo sumiso y súbdito fiel. Espiró en el horrible retiro de Alexandrowski, después de cuatro días de padecimiento.

Seria calumniar la justicia divina el pensar que el tirano viviese sosegado sobre esta tierra cubierta de sus maldades y de sus víctimas. Los remordimientos le acababan por todas partes, y á menudo en medio de la noche saltaba de su lecho, y se revolvió por el suelo, lanzando gritos espantosos, hasta quedar postrado. Un día manifestó la intención de abdicar el poder supremo y de retirarse en un convento... ¡Cosa inconcebible! sus propios súbditos se opusieron á ello, los unos por afecto que le profesaban, y los otros por temor de que les engañase, y de que su fingida abdicación no fuese una astucia para conocer á los que no le amaban y entregarlos á sus verdugos; hasta 1580 no quedó libre la Rusia de este azote. Desde el mes de enero de este año, alteróse de un modo visible la salud de Ivan, y en el mes de marzo cobró ya la enfermedad un carácter amenazador. Consultados los astrólogos, según el espíritu de aquella época, predijeron estos el fin cercano del czar, pero se les impuso el mas riguroso silencio, so pena de ser asados vivos. Aparecían de vez en cuando algunos destellos de bondad en aquella cabeza tan extrañamente organizada: dictó desde su lecho de muerte algunos decretos muy sabios para la administración del Estado después de su muerte, nombró consejeros para su hijo Feodor, é hizo una buena elección: recomendó mucho que se conservase la paz, que se moderasen los impuestos, que se aligerase, en cuanto fuese posible, la carga que pesaba sobre el pueblo, y que se devolviese la libertad á los prisioneros que no estuviesen acusados de crímenes indignos de perdón. Pero el carácter dominante del monarca se manifestó hasta los postreros momentos de su vida: un día hizo trasladarse á la sala donde se guardaban sus tesoros, acompañado de su médico inglés, y habiendo mandado poner todos sus diamantes á su vista, el czar, que pronto debía abandonar todas estas riquezas, hizo una sabia disertación sobre el modo de estimar las piedras preciosas. Mas hé aquí un hecho característico é increíble. Dos días antes de su muerte, recibía Ivan los desvelos de su nuera: atenta esta á aliviar sus padecimientos, se acercó á su cama, pero retrocedió de repente llena de espanto y horror... ¡el monstruo quería atentar contra su castidad!

Abracemos ahora de una ojeada este reinado que debiera ser una advertencia saludable para los pueblos. El carácter de Ivan asombra á primera vista por una grandeza aparente; pero observado mas de cerca, se reduce á las proporciones ordinarias de la humanidad. Lo que es ciertamente mucho menos fácil de concebir, es la bajeza de todo un pueblo, su resignación á sufrir, y la fuerza y la perseverancia de sus preocupaciones. Aquí se ven los efectos de las doctrinas del poder absoluto y de la obediencia pasiva aplicadas en toda su pureza y en su último grado de perfección. ¡Ved ahí la felicidad que los parciales de estas doctrinas quisieran imponer al género humano, fundar sobre la ignorancia y la superstición, conservar por medio de las saludables medidas de castigos pronto, terribles é inevitables, y confundiendo en caso necesario, á los inocentes con los criminales. Si fuese posible volver las naciones al estado de los rusos en el siglo XVI, sería muy fácil encontrar otros Ivanes: estos fenómenos políticos y morales se explican el uno por el otro, y son inseparables; no tendría nunca lugar el segundo, si el primero no le precediese la senda.

Karamsin compara el terrible Ivan á Luis XI de Francia; mas el paralelo no puede ser exacto. El tirano francés reinaba sobre un pueblo cuya emancipación y civilización habían hecho ya algunos progresos, y por esto tuvo necesidad de artificios y de un profundo disimulo, y no podía manifestar su crueldad, que era mas bien efecto del cálculo que del instinto, bajo sus formas alarmantes. Todos los historiadores están conformes en hacer el elogio de su habilidad: *Es el hombre mas prudente que he conocido*, exclama uno de sus contemporáneos (1). Mezeray dice que *dejaba atrás á todos los reyes en el arte de reinar*, y Duclos termina su historia con estas palabras bien sabidas: *Fué todo un rey*. Así, aun cuando Luis hubiese recibido de la naturaleza inclinaciones tan funestas para los pueblos como las de Ivan, no hubieran podido desarrollarse en Francia como en Rusia. Exceptuando la conquista de la Siberia, ningún hecho glorioso ha ilustrado el reinado de Ivan. Hizo, es verdad, algunas leyes útiles, se mostró mas severo con los grandes que con el pueblo, é hizo algunos esfuerzos para aclimatar algunas artes exóticas en una tierra bárbara.

Parece que tenia confusamente en la cabeza algunos de los proyectos llevados á cabo por Pedro el Grande, mas de un siglo después de su muerte. Pero ¿qué valían estos vanos esfuerzos para favorecer una civilización naciente, al lado del perjuicio que le ocasionaban la destrucción de una ciudad como Novogorod, y los excesos á que le impelia sin cesar el furor habitual de que estaba poseído? Ivan nos muestra una tiranía feroz, tal como la ejercen los tigres en los bosques de la India, y los despotas sobre los pueblos asiáticos: una tiranía instintiva y sin objeto, mientras que la de Luis estaba, por el contrario, sujeta siempre á combinaciones, y á combinaciones útiles á veces para la Francia. Esta diferencia separa tanto los caracteres de estos dos hombres, que es imposible cotejarlos entre sí. Mas si Ivan se parece poco á Luis XI, ofrece, en contra, una analogía singular con Neron, no solo por su carácter, sino tambien por las principales circunstancias de su reinado y de su historia. Como Neron, hizo temblar á sus futuros vasallos por la precoz ferocidad de su infancia; como él, domado por sabios consejeros y saludables influjos, reinó, al principio, con equidad y blandura. Siguió á este feliz principio una larga serie de crímenes á cual mas espantosos; el asesinato de su hijo puede considerarse como el equivalente del de Agripina, y el saqueo de Novogorod como el del incendio de Roma. Pero lo que mas acaba de completar la semejanza, es que un populacho, mas envilecido todavía que el de la capital del mundo, sintió y lloró su muerte.

No hemos colmado todavía la medida de la depravación de costumbres de Ivan; el hecho siguiente la dará á conocer.

« En el mes de julio de 1568, á media noche, tres favoritos del czar, puestos al frente de una partida de soldados de la guardia, hundieron las puertas de las casas de los señores y de los mercaderes cuyas mujeres eran conocidas por su hermosura, y arrebataron á estas desgraciadas á sus familias. Al nacer el día, llegó el czar á juntarse con ellos con mil hombres, y se pusieron todos en camino para una excursión al rededor de Moscou, quemando las alquerías de los desventurados boyardos, degollando sus sirvientes y destruyendo sus baños. A la primera noche, presentaron las mujeres al czar, y después de haber escogido algunas, abandonó las demás á sus favoritos. Esta correría, que duró algunos días, fué principalmente funesta al distrito de Colonna. Al regresar, condujeron las mujeres á sus casas; mas algunas de ellas perecieron de resultas de este infame tratamiento. »

« Cerremos en fin estos horribles anales, pero no los olvidemos: fijemos nuestra atención en el estado actual de la Rusia, y examinemos si los rusos del siglo XIX han conservado algunos puntos de semejanza con los súbditos de Ivan. Vemos todavía un autócrata, y muy pocos hombres libres en comparación de los esclavos. ¿Qué puede ser la libertad en un país donde la palabra *autócrata* (1) expresa escasamente los derechos concedidos al soberano por la sola ley fundamental? ¿Hay acaso libertad sin derechos políticos, sin garantía legal, y cabe considerar como una garantía el expediente que libró á la Rusia de los antojos de Pablo I? Ya es sabido que las relaciones entre el señor y sus esclavos son un obstáculo insuperable para la perfección moral, á pesar de una civilización aparente y de puro remedo. El gobierno autocrático y su extraño correctivo perpetuarán la barbarie, á pesar de las academias, las universidades, el progreso de las letras, de las ciencias y de la industria; una nación de cuyas diez partes están las nueve sujetas á la mas vil servidumbre, no será nunca mas que una fuerza brutal, que no se alzarán jamás á la dignidad moral. »

« Cuando los ejércitos rusos hubieron sujetado la Finlandia sueca en 1808, los amantes del gobierno absoluto no se alegraron de esta conquista, y vieron en ella mas peligros que ventajas, si no se administraba á lo ruso el país conquistado, si se conservaban sus estados y algunas instituciones libres. « No podemos tolerar tales anomalías, decían; ellas amenazan nuestro edificio político y social. » Tenían razón: ya que no debían introducirse en todo el imperio estas formas constitucionales, era forzoso destruirlas en el país que acababa de agregarse. Así fué que no se titubeó en privar á la Finlandia de sus antiguas franquicias, para ponerla bajo el yugo de la autocracia moscovita. Lo mismo ha sucedido con todos los países que han caído hasta el día bajo su dominio: les ha sido forzoso perder sus derechos particulares y aceptar la esclavitud comun. Se opondrá tal vez á este aserto la suerte del ducado de Varsovia, decorado faustosamente con el título de reino de Polonia, del cual no es mas que un miembro. Es verdad que el emperador Alejandro le ha dado una Constitución; mas esta Constitución es como si fuese muerta. No es mas que un vano aparato que no tiene mas realidad que las estatuas de Napoleón. Tanto en Polonia como en Rusia, todo se halla, como antes, á la discreción de un *oukase* imperial; y lo mismo sucederá en todos los países que agregue la corte de San Petersburgo á su inmenso imperio, pues sus estadistas temen ante todo el contagio de la libertad. »

Si se quiere saber qué progresos ha hecho la Rusia hacia las mejoras sociales, únicas que merecen el nombre de civilización, y cuya base y condición necesaria es un gobierno bien organizado, podrán apreciarse por los hechos siguientes. Vamos á traspasar un intervalo de mas de siglo y medio, después del reinado de

Ivan. Según la opinión general, Pedro el Grande civilizó sus Estados, fundó academias, hizo florecer las artes y las ciencias en el imperio de los czares, reformó el clero y dió al parecer un movimiento mas regular al cuerpo social. Veamos pues lo que sucedía en este imperio á mediados del siglo XVIII.

En 1741, el célebre geómetra Eülero, miembro de la Academia de las ciencias de Petersburgo, y uno de sus mas brillantes astros, obtuvo permiso de salir de Rusia para pasar á residir en Berlin. Presentado á la reina madre, contestaba tan solo con monosílabos:

— ¿Por qué no queréis hablarme? le dijo la princesa.

— Es que vengo, señora, de un país donde al que habla se le ahorca.

Un sabio astrónomo, enviado á la Siberia en 1760 para observar desde allí el paso de Venus por debajo del sol, ha descrito, según la relación de un testigo ocular, el suplicio del *knout*, aplicado á madama Lapoukin, célebre beldad de la corte de Isabel, culpable, dicen, de alguna indiscreción para con la emperatriz. Transcribiremos esta descripción, porque da á conocer las leyes criminales de la Rusia y el modo de aplicarlas, mejor que las narraciones mas recientes; y porque nada ha variado, bajo este respecto, desde el reinado de Isabel.

« Joven, amable, festejada y buscada en la corte, en vez de una multitud de adoradores que atraían en su derredor sus perfecciones, no ven en torno de sí mas que verdugos. Lanza sobre ellos ojeadas de asombro que provocan la duda en que está de que aquellos preparativos son para ella. Uno de los sayones le arranca una especie de capotillo que cubria su seno, y su rubor alarmado la hace retroceder algunos pasos, palidecer y deramar un torrente de lágrimas. Desaparecen sus vestidos; y en pocos instantes se encuentra expuesta, enteramente desnuda hasta la cintura, á las ávidas miradas de un pueblo inmenso que guardaba un profundo silencio. Uno de los verdugos la coge por ambas manos, y haciendo una media vuelta, la coloca sobre su espalda encoivada, y la levanta de este modo algunas pulgadas del suelo: el otro verdugo ase sus miembros delicados con sus toscas manos encallecidas por el arado; la coloca sobre la espalda de su camarada, para ponerla en la actitud necesaria en este suplicio, y ora apoya de un modo brutal su ancha mano sobre la cabeza, para obligarla á tenerla inclinada; ora, semejante á un carnicero que va á degollar un cordero, parece acariciarla cuando encuentra una actitud favorable á su intento. »

« Toma entonces este verdugo una especie de látigo, llamado *knout* (1), hecho de una larga correa de cuero, preparada para este objeto; se aleja al momento algunos pasos, midiendo de una ojeada el espacio que necesita, y haciendo un salto hacia atrás, le aplica un golpe con la extremidad del látigo, y le levanta una triza de piel desde el cuello hasta debajo de la espalda. Toma pateando nuevas medidas para aplicarle otro golpe semejante al primero, y le arranca en pocos momentos toda la piel de la espalda en tiras que colgaban, la mayor parte, sobre su camisa. Luego después le cortaron la lengua, y fué desterrada á la Siberia (2). Todos los que han estado en Rusia tienen noticia de este suceso. »

El mismo sabio describe el suplicio de los *batoques*, que presenció á su regreso de Tobolsk.

« Asoméme á una ventana á los gritos que oí en el patio, y vi dos esclavos rusos que arrastraban por los brazos á una niña de catorce á quince años, alta, hermosa y bien formada, y cuyo vestido me hizo creer que pertenecía á alguna familia distinguida. Traía inclinada hacia atrás su cabeza poblada de cabellos: sus ojos, fijos sobre una persona, imploraban su clemencia, rasgaban el corazón. Los rusos la condujeron, sin embargo, en medio del patio, y en un instante la despojaron hasta la cintura; la echaron de bruces, y se pusieron de rodillas, teniendo el primero su cabeza apretada entre sus rodillas, y el otro extremo del cuerpo el segundo. Trajéronles varas, con las cuales azotaron la espalda de la niña, hasta que les gritaron: *basta*. Levantaron entonces á la víctima, que apenas era conocida, pues tenía el rostro y todo su cuerpo cubierto de sangre y lodo. Juzgué por este cruel tratamiento que habria cometido algun gran crimen; mas supe algunos días después que era camarera, y que el marido de su señora habia mandado este castigo porque habia faltado á algunos deberes de su estado. Los rusos pretenden que se ven obligados á tratar de esta suerte á sus criados para afianzar su fidelidad. »

Hemos trascrito textualmente estas dos relaciones para conservar en ellas su carácter de autenticidad. En esta época no habían perdido todavía los rusos el hábito de callar y el temor de ser *ahorcados* por la mas leve indiscreción: cuando el sabio viajero les hacia preguntas acerca de cosas extrañas ó indiferentes al gobierno, no obtenía mas que esta respuesta:

— Dios y la emperatriz lo saben.

Desde entonces han trascurrido diferentes reinados, y la nación ha hecho grandes progresos y adelantos; consignémoslo así para concluir, pues no es nuestro ánimo tratar aquí de la Rusia contemporánea.

M. DE F.

(1) Felipe de Commines.

(1) Voz griega que significa *dueño absoluto*.

(1) El nombre *knout* designa en Rusia toda clase de látigos, y no especialmente el que sirve de instrumento de suplicio.

(2) Sobrellevó esta desventurada el suplicio, el destierro y la miseria, hasta 1762, en que la mandó llamar Pedro III.





EXPOSICION DE 1869. — El invierno en Valaquia, cuadro por M. Schreyer.

## La Exposicion

DE BELLAS ARTES DE 1869.

EL INVIERNO EN VALAQUIA. — DE VUELTA

EN EL CONVENTO.

Con el título del *Invierno en Valaquia*, M. Schreyer ha expuesto este año un tiro de vigorosos caballos válicos detenidos por una fuerte nevada. Los pobres animales aspiran el helado cierzo en tanto que sus patas se hunden profundamente en la nieve que cubre la tierra con una blanca sábana. El artista ha sabido reproducir con toda verdad los efectos del huracan setentrional, que con las nubes de polvo impalpable que barre delante de sí, no es menos temible que el *simoun* del desierto africano.

El señor Zamacois ha expuesto también una obra muy digna de reproducirse: *De vuelta en el convento*, bonita pintura donde nos muestra la alegría de los buenos frailes que regresan al monasterio cargados con los productos de una fructuosa colecta. En este lienzo se observan, como de costumbre, la gracia y originalidad que caracterizan el talento de este autor español, que disfrutó ya en París de un renombre merecido.

P. P.

## ¡Espera!...

La vida es una esperanza entre la sonrisa y las lágrimas.

LAMARTINE.

El escepticismo no existe.

Obsérvese el lento curso de la humanidad á través de los siglos, y se verá que esta asercion no es atrevida.

Escuelas filosóficas fundadas por hombres que han pasado por sabios han proclamado el escepticismo como lema de su secta.

Es verdad.

Pero ni sus ideas han prevalecido sobre las de otros filósofos, ni han sido otra cosa que errores efímeros que se han desvanecido en la bruma de sus épocas.

¿Quién se acuerda de Pirron y sus discípulos?

Mientras que este filósofo insensato duerme en el polvo del olvido, Sócrates y Platon, duermen reclinados sobre las palmas de su gloria que reverdecen á cada nueva generacion.

El escepticismo es un monstruo que la humanidad rechaza.

Los paganos creyeron y esperaron. ¿Cómo no han de creer y esperar los hijos de la luz, los hijos de la civilizacion?

La esperanza no es un don sobrenatural del hombre.

Es mas bien un instinto.

Todo el que vive, espera; porque no hay vida sin esperanza.

Si el hombre no esperase, ¿cuál sería el objeto su vida?

Una voz misteriosa que suena en lo profundo de la conciencia, no cesa de repetirnos: ¡espera! ¡espera!

Cuando esa voz se debilita, se gasta, se apaga, la razon y la conciencia desaparecen.

Porque en el sistema moral del hombre, la esperanza es como el eje de sus facultades intelectuales.

Cuando el eje se gasta, las ruedas se detienen.

La desesperacion es el completo abandono del alma.

Es la crisis de una mortal enfermedad interior.

Es la exasperacion del espíritu en la lucha con una pasion ó sentimiento impetuoso.

En este estado anormal, queda el



hombre entregado á los ímpetus del bruto.

La locura se apodera de él: la fiebre enardece su sangre: el vértigo impele su corazón á la violencia.

Solo en este estado es capaz el hombre de cometer el horrible crimen de suicidio.

Solo el que está desesperado ó loco puede darse la muerte con su propia mano.

Con las lágrimas que la esperanza ha enjugado hay para formar un nuevo océano.

Ella es un aliento, una inspiración de Dios, que baja al corazón afligido, como un rayo de luz á la mazmorra del prisionero.

La religión nos dice ¡espera!

¡Espera! dice al corazón la naturaleza.

¡Espera! repite la voz del alma en lo interior del hombre.

Y todos esperamos un *algo* que es la aspiración de nuestra vida.

El heredero de un reino espera su corona.

El guerrero, el sabio, el poeta, el artista, esperan una gloria inmortal, una fama imperecedera.

El amante espera ver coronado su anhelo con la posesión del objeto amado.

El mártir, esperando la gloria eterna y una palma de luz divina, se entrega victorioso á sus verdugos.

Antes que la razón empiece á florecer, ya el hombre espera.

¿Por qué se agitan suavemente los labios de ese niño que apenas cuenta diez auroras?

¿Por qué llora de impaciencia?

— Porque espera á su madre, que ha de venir á arrullarle en sus brazos y á cubrirle de besos.

¡Dulce y misteriosa esperanza del inocente!

Las ilusiones son esperanzas secretas que toman las formas fantásticas de un sueño.

El justo, mientras mas sufre, mas espera.

Porque su alma desprendida de las cosas mundanas, no tiene otra dirección fuera de Dios, que es su centro.

Es como la aguja imantada que se dirige siempre al polo.

El corazón atribulado, el corazón mortalmente herido, no tiene otro refugio que la esperanza.

Se acerca á ella con el ansia de un infeliz que, aterido de frío en lo mas recio del invierno, se acerca al fuego bienhechor de una hoguera.

El desengaño es triste, y cuando echa su simiente en el alma, nacen en ella frutos de amargura.

Pero la Providencia muestra su sabiduría en los menores detalles de la naturaleza.

Ella ha puesto el bálsamo, al alcance de la mano del enfermo.

Y si una esperanza se desvanece, otra nueva nace.

Porque la esperanza es el consuelo que jamás se agota.

Es una estrella fija que no declina jamás.

Y si alguna vez declina, es para sumergirnos en las tinieblas de la muerte ó en el abismo de la locura.

En el rostro del hombre virtuoso y cristiano se nota un fenómeno, en la hora de la postrera agonía.

A través de las sombras de la muerte que empiezan á cubrirle, pasan ligeras ráfagas de luz que iluminan su frente pálida y sus ojos mortecinos.

Creeríase ver en ellas los últimos destellos de una vida que se extingue.

Pero no son sino las huellas de sus postreras esperanzas.

La resurrección.

El descanso eterno.

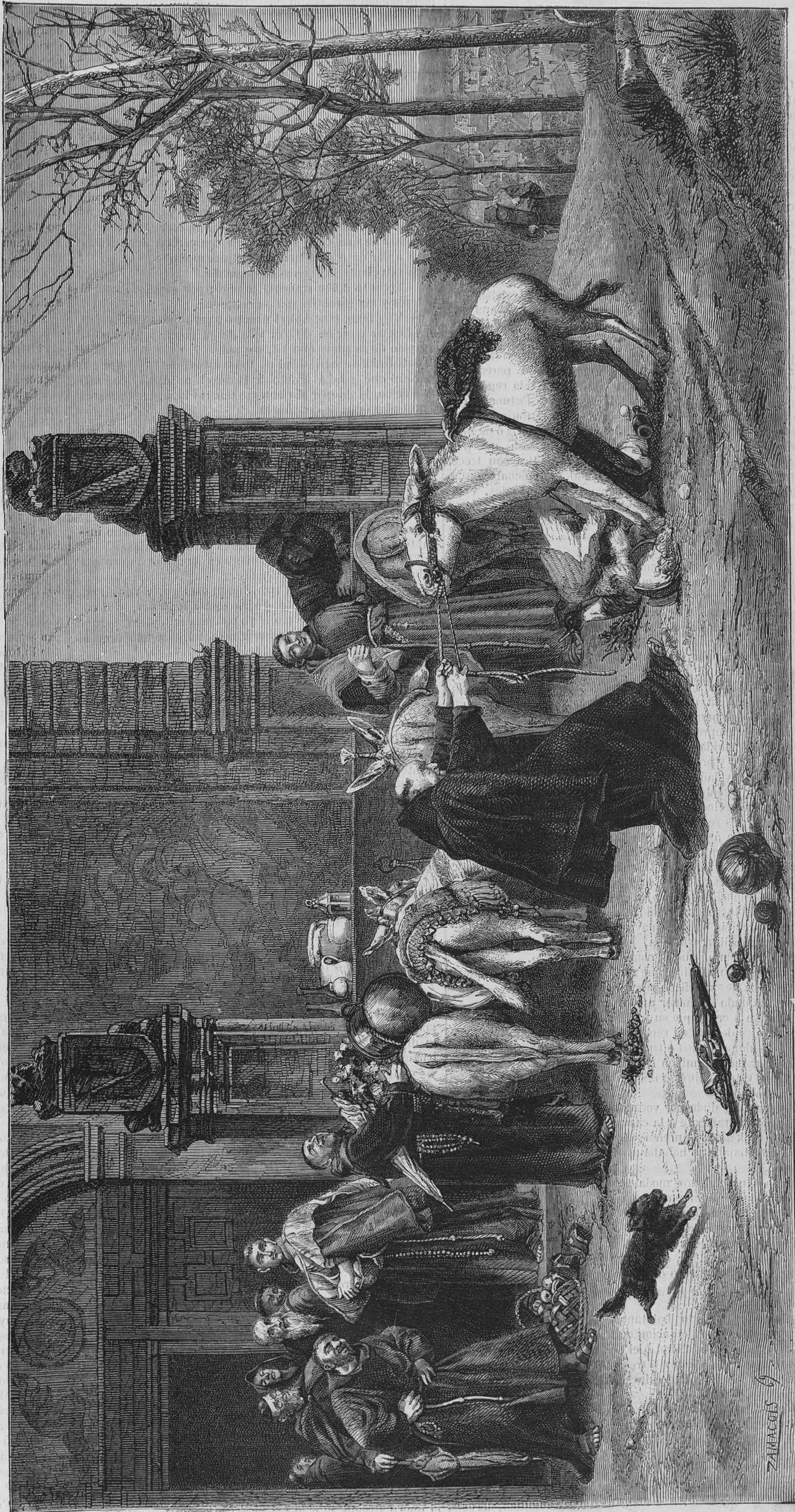
Una vida mejor y perdurable.

Y espira oyendo una voz que balbucea á su oído una palabra que encierra toda la dicha del hombre.

Una palabra cuyo prestigio sobrenatural es inmenso.

Una palabra que encierra todas las promesas divinas.

¡Espera!



EXPOSICION DE 1869. — De vuelta en el convento, cuadro por el señor Zamacois.

RAFAEL H. GUTIERREZ.



## Revista de Paris.

La corte imperial no ha abandonado aun la residencia de Tullerías por el palacio de Fontainebleau, que es la primera etapa de las expediciones veraniegas. El tiempo, á decir verdad, no convida á disfrutar de los placeres campestres. Todo el mes de mayo ha sido un mes de lluvia continua, y la atmósfera, refrescada mas de lo regular por estos aguaceros, es mas propia para permanecer en Paris que para pasearse en los bosques y los jardines de las cercanías. Así sucede que aunque las grandes reuniones se dan por terminadas, todavía hay bailes y representaciones teatrales y conciertos, y sobre todo comidas de ceremonia. La temporada se inaugura con banquetes, y con banquetes se despide: es la gran moda.

Sabido es que en Francia está bastante generalizada una preocupacion de las mas singulares; y es que no deben jamás sentarse á la mesa trece personas. El difunto escritor M. Mery dió á luz, con el título de *Quatorzième*, la historia de un hombre que ejercia en Paris la extraña profesion de acudir á las casas donde le llamaban, para hacer el décimocuarto convidado, por supuesto sin conocerle. Y parece ser que nuestro hombre, despues de llevar una vida regalada, como era natural, habia logrado hacerse una fortuna, pues no hay para qué decir que su servicio se retribuía generosamente. Antes que echar mano de una institutriz ó de una nodriza, ó de una portera, la señora de la casa, que por cualquier motivo se encontraba á la hora crítica con trece convidados no mas, enviaba á buscar al décimocuarto, que era un hombre de buena educacion, finos modales, y al corriente siempre de las actualidades mundanas.

¿Cuántas personas habrán tomado por una ficcion la obra de Mery! Y sin embargo, es una historia en toda la acepcion de la palabra.

La prueba la encontramos en un diario reciente de Londres, donde se anuncia la muerte de John Andrew Malketh, que ha dejado una fortuna de medio millon de francos, ganada en el ejercicio de la susodicha profesion, pues por lo visto la preocupacion francesa tiene curso igualmente en la Gran Bretaña.

Ahora bien, ¿por qué no ha de haber existido en Paris un personaje como el de Londres?

Treinta y cinco años, dice la noticia necrológica, ejercicio J. A. Malketh la profesion de décimocuarto convidado en las mesas desconocidas donde se necesitaban sus servicios.

Vestido siempre á la última moda, se presentaba á la hora de la comida en las casas donde sabia que habia gran mesa puesta, y preguntaba si hacia falta él, esto es, si eran trece los convidados.

Cuando la contestacion era negativa, Malketh se retiraba con mucha seriedad; pero en el caso contrario, y una vez aceptados sus servicios, entraba en el comedor, saludaba con la cabeza á los amos de la casa, se sentaba y comia como otro cualquiera de los convidados.

Sin embargo, no se distinguía por su conversacion animada y pintoresca, como su colega de Paris, sino que guardaba un silencio absoluto, y concluido el banquete, se retiraba con la misma dignidad con que habia entrado, y á la salida recibia ya del mayordomo, ya de un criado cualquiera, una libra esterlina, á veces dos, segun la importancia y el tiempo que la comida habia durado.

Su biógrafo nos dice que durante treinta y cinco años Malketh ha desempeñado sus funciones con el mayor celo. Nunca ha dado el menor motivo de queja, y sin embargo, no se vaya á creer que su profesion era una canongía.

Muy lejos de eso, en repetidas ocasiones se ha visto precisado á almorzar dos ó tres veces, á comer opíparamente y á tomar parte tambien en una espléndida cena.

¿Cómo este hombre se decidió á emprender un oficio tan estrambótico?

No seria sin duda por vocacion, y con efecto, parece que fué debido puramente á la casualidad.

John Malketh era aprendiz de encuadernador, y la tienda en que trabajaba se hallaba al lado de la casa de un banquero.

Como tenia buenos modales y no mala presencia, dos ó tres veces le llamaron de casa del banquero para completar los catorce convidados, y esto le sugirió la idea de abandonar el aprendizaje y dedicarse á esa especialidad que tan buenos resultados le producía.

Malketh era soltero, como conviene á un hombre que se consagra á este penoso oficio de convidarse á comer cada dia en casa ajena, y ha muerto á la edad de cincuenta y cuatro años.

Afortunadamente los habitantes de Londres no quedarán por esto en la cruel situacion de tener que comer trece á la mesa cuando la fatalidad ó el acaso lo dispongan; pues se dice que existen allí dos ó tres mas que, animados con el ejemplo y el buen éxito de Malketh, practican el mismo oficio.

Una aventura parisiense, que parece propia de los dias de carnaval, tenemos que contar ahora á nuestros lectores.

El célebre novelista Paul de Kock ha trazado en sus novelas ciertos cuadros de costumbres que serán verdad eternamente.

Por ejemplo, las escenas del barrio latino, los amores de los estudiantes, los apuros de estas alegres familias, las es-

tratagemas para sacar á los padres algo mas de la corta mensualidad para seguir la carrera, los usureros, las deudas, todo esto existe en el dia lo mismo que hace veinte años, cuando Paul de Kock pintaba tan al vivo estos cuadros parisienses.

Las crónicas de la semana nos ofrecen un bonito ejemplo, que podria añadirse como un capitulo mas á las susodichas novelas.

Un estudiante designado con el nombre de Luciano, que comenzaba este año la carrera de médico, habia hecho amistad con una jóven á quien habia encontrado en los bailes públicos, y que al cabo de poco tiempo concluyó con sus recursos disponibles.

Luciano apeló al bolsillo de los amigos; pero este expediente no dió gran resultado, y uno de ellos, familiarizado ya con las diferentes maneras de proporcionarse algunos fondos en el barrio latino, le dirigió á un conocido usurero, que mas de una vez ha tenido que comparecer ante la justicia á dar cuenta de sus ilícitas transacciones.

El estudiante le expuso su demanda.

— Necesito 2,000 francos, le dijo; por supuesto con el interés y las garantías que se estipulen.

— Muy bien, contestó el usurero; pero antes debo saber cuál es su posicion de Vd. y la de su familia, así como el empleo de la suma que Vd. me pide.

Satisfecha su curiosidad en todos estos puntos, el usurero declaró que estaba pronto á hacer el préstamo, con una condicion, la de que el reintegro tendria lugar exactamente en el plazo que se conviniera.

— ¿Cuánto tiempo necesita usted?

Temiendo Luciano que si pedia un plazo muy largo podria retraerse el usurero, contestó:

— Necesito tres meses.

— Está entendido: ahora hablemos de los réditos.

Fijáronse estos en la friolera de 500 francos.

Luciano no reparó en la enormidad del interés; pero si retrocedió ante una dificultad que surgió en el mismo instante en que preparaba los pagarés para firmarlos.

El usurero habia traído el dinero en monedas de oro que relucian á la vista del estudiante.

— Su padre de Vd. es rico, dijo el usurero, y Vd. no posee nada particularmente. Todos somos mortales, y si por desgracia viniese Vd. á morir yo perderia mi dinero, porque su padre de Vd. podria rehusármelo, no habiendo firmado él ningun compromiso.

— ¿Y qué remedio? exclamó un tanto amedrentado el estudiante.

— Es muy fácil: buscaremos un modo de ponerle en la obligacion de cumplir la obligacion que Vd. suscriba. Que quede comprometida su honra de Vd., y en ese caso estoy seguro de que no dejará mal á su hijo.

— No entiendo, replicó Luciano, cuyo miedo crecia de punto.

— Firme Vd. estos pagarés con el nombre y apellido de su señor padre, y es asunto concluido.

— Sí, ¿pero y el riesgo que voy á correr?...

— No hay ninguno, puesto que los pagarés no saldrán de mis manos, y Vd. me dará el dinero exactamente el dia que estén vencidos.

Luciano se negó categóricamente á cometer un delito semejante, y el usurero hubo de recoger sus 2,000 francos á toda prisa.

Pero á todo esto el buen estudiante habia contado sin la influencia que sobre él ejercia su amiga de los bailes públicos, la cual necesitaba dinero con urgencia y le instaba á que pasara por todo con tal de procurarsele cuanto antes, y le amenazaba en caso contrario con un inmediato rompimiento.

Cediendo á sus instancias, el estudiante reanudó las negociaciones, consintió en hacer lo que el usurero exigía, y le dió cita para terminar el negocio en un restaurant del barrio, donde al dia siguiente almorzarian juntos.

Por fortuna el jóven habia hablado del asunto con un amigo mas experimentado que el que le puso en relaciones con el usurero, y este amigo le prometió que tendria el dinero sin verse en la necesidad de ser falsario.

— ¿Y cómo será eso? le preguntó Luciano.

— Ya lo verás en el restaurant á la hora del almuerzo.

Llegó, con efecto, en el mismo instante en que servian el café, y cuando ya Luciano tenia los 2,000 francos y el usurero los pagarés con la firma falsa.

— Siéntate, le dijo su amigo.

— ¿Se hizo el negocio? preguntó el recién llegado.

— Perfectamente, respondió el usurero.

— Eso es lo que vamos á ver, repuso el amigo de Luciano.

— ¿Qué quiere Vd. decir?

— Lo siguiente: mi amigo Luciano necesita 2,000 francos, no para malgastarlos con mujeres, sino para pagar algunas deudas atrasadas y para dedicarse con empeño á su trabajo. Vd. le prestará por un año esa cantidad, y él le firmará á Vd. pagarés, de los cuales el primero no vencerá hasta dentro de seis meses, sin otro interés que el legal...

— ¿Usted habla de broma! dijo el usurero.

— No, señor, hablo muy serio.

— ¿Y si no me acomoda á mí ese plan?

— En ese caso va Vd. á venirse conmigo inmediatamente á casa del comisario de policia, quien sabrá encontrarle á usted los pagarés falsos que le acaban de firmar y le pedirá cuenta ante la justicia.

El usurero no tuvo mas remedio que resignarse y aceptar el nuevo arreglo, lo cual era en efecto, mucho mejor que

tener que habérselas con jueces que le conocen ya por las usuras.

Hace algun tiempo hablamos á nuestros lectores de un drama tenebroso, cuyo desenlace nos era entonces desconocido y que ha continuado siendo un enigma hasta la hora presente en que una carta que ha publicado el periódico *el Gaulois* ha puesto fin á las dudas.

Nos referimos á la desaparicion de M. Lecoq de Boisbaudran, secretario de M. Jules Favre, que habiendo salido de Paris para un viaje de recreo por Italia, no dió noticias de su paradero desde el 28 de octubre de 1868.

Debemos á nuestros lectores el fin de esta triste historia contenido en la carta del susodicho periódico, y que dice así:

« Estos últimos dias la familia del viajero recibió un despacho en que se anunciaba que habian descubierto el cuerpo de M. Paul Lecoq de Boisbaudran, asesinado, en las inmediaciones del punto en donde habia escrito sus últimas cartas.

» Lo mas extraño en todo este drama es que desde los primeros dias de noviembre se sabia ya cómo este infeliz habia perecido.

» Alarmados con su silencio, y temiendo una desgracia, el padre, la madre y la hermana de M. Lecoq salieron en su busca; pero al cabo de un mes de infructuosas investigaciones, tuvieron que volverse sin haber podido recoger el menor indicio acerca de su suerte.

» Sabedores de la inutilidad de todos estos pasos, unos amigos de M. Lecoq fueron á consultar á una sonámbula célebre de Paris, quien les dijo que M. Lecoq habia sido asesinado tal dia, á tal hora y de tal modo; que un hombre bien vestido que viajaba con él, fué quien le dió tres puñaladas en el cuello, en el pecho y en el hombro; que M. Lecoq se defendió con su puñal, pero que un aldeano que terció en el lance le acabó á palos, y que los dos enemigos le robaron despues de verle muerto.

» La sonámbula hacia la descripcion del sitio en donde habia perecido y de los objetos que llevaba encima.

» Despues de convencerse de que era verdad cuanto la sonámbula habia dicho sobre los vestidos y objetos que debia llevar M. Lecoq en el momento de su muerte, seis abogados amigos de la víctima salieron inmediatamente para Italia.

» Sin embargo, no pudieron dar con el cadáver.

Entonces volvieron á consultar de nuevo á la sonámbula, quien hizo otra vez la descripcion de los lugares, en los cuales no le hallaron. Parece ser que el cadáver de M. Lecoq estaba cubierto de tierra y de hojas, y que se acaba de encontrar en el sitio designado, ahora que las nieves al derretirse le dejaron á descubierto. Mas de veinte veces se calcula que pasaron por allí los amigos de M. Lecoq sin ver nada.

» Los despachos recibidos anuncian que ha sido asesinado, como lo prueba la autopsia.

» Otra singularidad se nota en este lance.

» Cinco ó seis dias despues de la desaparicion de M. Paul Lecoq, cuando su familia acababa de salir en su busca, se presentó en Paris un desconocido que, no encontrando á nadie en la casa, pidió las señas de otros parientes, y le indicaron las del tío de M. Lecoq, director de la escuela de dibujo.

» El individuo en cuestion compareció diciendo que habia sabido que M. Paul Lecoq habia desaparecido, y que él le habia acompañado justamente hasta el punto en donde se habian perdido sus huellas.

» Preguntó con mucho empeño si se daban pasos para encontrarle.

» Ahora bien, las señas de este desconocido corresponden exactamente á las del asesino que describió la sonámbula, y hasta se creyó reconocer en su posesion algunos de los objetos pertenecientes al asesinado.»

Estos son los detalles que trae la carta, de cuya autenticidad naturalmente no respondemos, pero que son bastante curiosos para la crónica, sobre todo cuando completan la historia comenzada hace algunos meses, de tan terrible drama.

Hablemos de los teatros.

No obstante lo adelantado de la estacion, en el del Gimnasio se ha estrenado, con el título de *Abijado de Pompi-gnac*, una comedia en cuatro actos firmada con el seudónimo de Alfonso de Jalin, escrita, segun se dice, por un aficionado del mundo oficial, y retocada por la mano maestra de Alejandro Dumas, hijo.

Sea como quiera, lo que interesa saber es si la pieza vale los aplausos que con gran anticipacion la prodigaron.

Desde luego diremos que su argumento no es de una complicacion extremada.

El protagonista, Pablo Dornan, es un calavera que gastaria en muy breve tiempo la fortuna de Rothschild ó de otro de los príncipes del dinero.

Su padrino ha ido cubriendo los gastos; pero ha sido con los fondos del general de Frondeville, el padre de Pablo.

Pablo Dornan pierde una vez al juego cuarenta mil francos, que el general se niega á pagar, hasta que temiendo la deshonra de su hijo, cede y paga.

En esto aparece el marido de la mujer infiel, que al morir confesó su falta, y busca por todas partes á Frondeville, para vengar su ofensa.

Al fin, se encuentra con él cara á cara. Un duelo á muerte debe lavar el ultraje; pero Pablo descubre el secreto de su nacimiento, y abandonando al general, se precipita en brazos del esposo de su madre.



El desenlace es de pura comedia despues de una intriga tan dramática: el general casa á Pablo con una jóven encantadora que era su prometida, y se aleja del hombre á quien ofendió y del hijo á quien hace dichoso.

Como vemos por este rápido análisis, la nueva comedia tiene por base ese asunto inagotable del teatro contemporáneo: el adulterio. ¿No sería tiempo de buscar ya otras emociones? La pieza tiene interés y peripecias altamente dramáticas; y luego la compañía del teatro del Gimnasio la interpreta con esa perfeccion en el conjunto que da tanto valor aun á las escenas verdaderamente insignificantes.

MARIANO URRABIETA.

### Poesías.

#### A CLODOMIRO.

¡ Bien hayas en el camino  
Que el Señor te ha señalado,  
En el valle de miserias  
Concedido á los humanos!  
Como el errante viajero  
Que cruzó por luengos años  
Mares y tierra, y que busca  
Al fin en su hogar descanso;  
¡ Hoy tú buscas la ventura  
Bajo el hogar sosegado,  
Con ese ángel del consuelo  
Que sabe alejar el llanto!  
¡ Hoy con ella ya te alejas  
De los ruidos mundanos,  
Cual dos aves amorosas  
Cuelgan su nido en los ramos!  
— ¡ Bien hayas en el camino  
Que el Señor te ha señalado,  
Y que en paz y amor viviendo  
Llegues feliz á tu ocaso!

¡ Bien has hecho, hermano mio,  
En buscar el santuario  
Donde está la sola dicha  
Tras la cual nos desvelamos!  
¡ Santa union que ata las almas  
Con el mas íntimo lazo,  
Que adoran solo los buenos  
Y que odian solo los malos!  
¡ Bien has hecho, — que ya sabes  
Lo que son los desengaños  
De las dichas mundanales  
Que eternas quizá soñamos!  
Y esas ilusiones — ¡ flores  
Que agosta el viento temprano  
Sin dejar ni la simiente  
Allí do se marchitaron!  
— ¡ Bien hayas en el camino  
Que el Señor te ha señalado,  
Y que en paz y amor viviendo  
Llegues feliz á tu ocaso!

¡ Vive allá, bajo la sombra  
De aquel asilo encantado,  
Esa poética vida  
Que solo se halla en los campos!  
¡ Allí tienes luz, aromas,  
Aves, arroyuelos mansos,  
Auras puras resonantes,  
Y sombras bajo los ramos!  
¡ En perpétua primavera  
Ves las colinas y llanos,  
Donde pintorescos vagan  
Tus pacíficos ganados!  
¡ Y tienes tardes serenas,  
Y noches blancas de encanto  
Que los íncolas celebran  
Con sus flautas y sus cantos!  
— ¡ Bien hayas en el camino  
Que el Señor te ha señalado,  
Y que en paz y amor viviendo  
Llegues feliz á tu ocaso!

¡ Vive allá en la quieta orilla  
Deste mar donde pasamos  
Tantas horas de tristeza,  
Tantos dolores amargos!

¡ Tú te vas!... ¡ yo quedo errante,  
— Cual náufrago solitario,  
Sin esperanza, perdido  
En el inmenso Océano!  
¡ Con la hermosa compañera  
Que su existencia te ha dado,  
Pasen en dicha tus dias,  
Pasen en amor tus años;  
Sin envidiar los placeres  
Que otro tiempo te halagaron,  
Que si, bellos, nos seducen,  
Son fuente de desengaños!  
— ¡ Bien hayas en el camino  
Que el Señor te ha señalado,  
Y que en paz y amor viviendo,  
Llegues feliz á tu ocaso!...

J. TEMÍSTOCLES TEJADA.

Paris, 1869.

#### Soy tuyo.

« Te aspiciam postrema mihi cum venerit hora  
Te teneam moriens deficienti manu. »

TIBULO.

¡ Soy tuyo! Quise en vano de tu imperio  
Mi alma apartar: me arrastra mi destino  
A amarte eternamente,  
Como arrastra el revuelto torbellino  
La hoja seca del árbol azotado;  
Como lleva sus ondas el torrente  
De agreste soledad el mar salado.

¡ Basta ya de luchar contra mí mismo!  
Te ví, te amé; pero en mi orgullo, nada  
Mi labio murmuró. Silencio triste  
Guardé; mas el silencio era un abismo  
Que en sus negras tinieblas me envolvía:  
Quise apagar el fuego en mi mirada,  
Y ahogar ese volcan que en denso fuego  
Mi corazon adusto consumía.  
¡ Amarga soledad, inútil lucha!  
¿ Qué puede entre las ondas el piloto  
Cuando do quiera que sus ojos gira  
Ve en su débil bajel el mástil roto  
Y el agitado mar bramando en ira?

Harto tiempo mis lágrimas secretas  
En silencio bebí: nube sombría  
Se condensaba en mi alma, y en mi frente  
La palidez del temporal crecía,  
Yo hice guerra á mi amor, y tuve empeño  
De aparentar profunda indiferencia:  
Me acusaba á mí mismo mi conciencia  
Y tú con tu mirada me acusabas.  
¿ Acaso mi secreto penetrabas?  
No lo sé: pero rompo mi silencio,  
En fin, y me parece que una sombra  
De oscuridad inmensa se disipa  
Cuando hoy mas franco el corazon te nombra

¡ Llego á tí, no á implorarte para el alma  
Amorosa piedad: indigno fuera  
De tí, si con gemidos y con llanto  
Tu tierno amor á compasion moviera!  
¡ Te llevo un corazon altivo y fuerte,  
Rico de amor sincero,  
Fortificado en el dolor severo,  
Y alimentado en la ilusion querida  
De unirse á tí, por fin! ¡ Tuyo es, mi vida!

Si no me amaras tú, si nube oscura...  
Pero, ¡ qué idea, oh Dios! ¿ Cómo pudiera  
Mentir así tu virginal mirada  
Cuando ví en ella la expresion mas pura  
Del cariño de tu alma retratada?  
¡ Me amas tambien! ¡ Lo dice tu silencio!  
¡ Y ese rubor que á tus mejillas sube  
Del corazon, como de fuente clara  
Se alza á los cielos trasparente nube!  
¡ Todo me augura el sueño de mi gloria:  
Y precio mas que espléndida victoria  
Y brillante laurel de invicta hazaña  
Esa sonrisa que tus labios baña!

¡ Y tu mirada de cariño ardiente!  
¡ Y la pureza de tu blanca frente!

Así de hermosas flores  
Sembraremos la senda de la vida  
Que lleva á los amantes hácia el templo  
Divino del placer. Dulces amores  
De mirtos y de rosas  
Ceñirán nuestras frentes; y dichosas  
Miraremos volar las horas bellas  
Entre tiernas caricias  
Y amorosas querellas.

¡ Soy tuyo, tú eres mia!  
¿ Qué mas el cielo al corazon podria  
Del hombre dar cuando su nombre adora?  
¡ Un alma hermana, un corazon querido,  
Ser amado y amar! ¡ es cuanto pido  
Al Dios que mi alma implora  
Cuando asoma su frente la mañana  
Entre nubes de púrpura y de grana!

CÁRLOS WALKER MARTINEZ.

#### Los lunes de la Emperatriz Eugenia.

EL PRÍNCIPE DE GALES Y EL ARCHIDUQUE LUIS VICTOR.

Cada temporada de invierno las fiestas de la corte de Tullerías, tienen, como los libros, su prefacio y su epílogo. Su prefacio es la estancia en Compiègne, con sus cacerías, sus funciones teatrales y sus cuatro series de convidados, que comprenden á lo mas selecto del mundo oficial; y su epílogo son los lunes de la Emperatriz, que no dan entrada en las habitaciones de SS. MM. sino á los mas altos personajes y á los íntimos de la corte. Así sucede que estos lunes tienen para los convidados un atractivo particular: es el ramillete recogido en el jardin reservado.

A una de estas brillantes fiestas asistieron últimamente el príncipe y la princesa de Gales y el archiduque Luis Victor.

El príncipe y la princesa de Gales llegaron á Paris al regreso de su excursion á Oriente, y el hermano del emperador de Austria, el mas jóven de los archiduques austriacos, vino á visitar las maravillas del nuevo Paris.

Creemos supérfluo decir que los príncipes han tenido la acogida mas cortés y afectuosa. Refiérese un curioso episodio de la estancia del príncipe de Gales, que dió una fiesta en Trianon. Era un domingo, y el emperador, que ese dia debia ir á Chartres, mandó presentar sus excusas á su ilustre huésped, poniendo Versalles y Trianon á su disposicion y suplicando á S. A. R. que formase la lista de sus convidados. El príncipe de Gales aceptó, y entre los convidados se contaban varios personajes que no van nunca al palacio de Tullerías. El príncipe Murat, á quien el emperador habia encargado que ejecutase la voluntad del príncipe de Gales, acudió al emperador para preguntarle si no se debia llamar la atencion del príncipe real de Inglaterra sobre los errores que cometa; pero el emperador contestó diciendo: «No, no; convida á todos los que están en la lista en mi nombre y en nombre del príncipe de Gales.»

Las Altezas Imperiales y Reales no podian menos de asistir al lunes de la Emperatriz, y nuestro grabado representa á las ilustres personas en el momento de la cena, que tuvo efecto en la galería de la Paz. La mesa imperial aparece como rodeada de flores y verdura. Las dos mesas laterales eran para los convidados. El espectáculo era tan animado como pintoresco y brillante.

R. DE M.

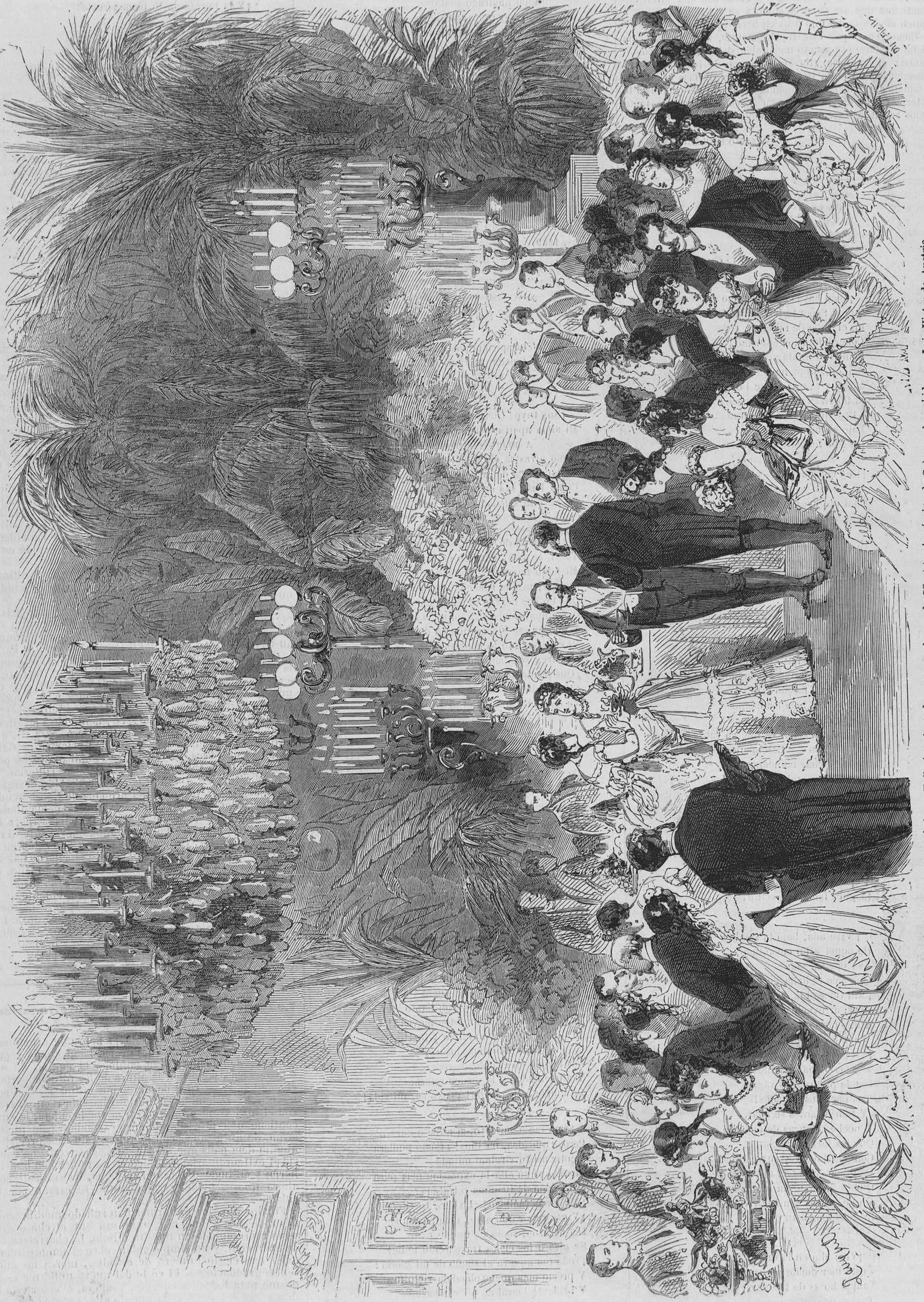
#### Los nuevos uniformes del ejército suizo.

La Suiza no se ha librado de la fiebre de armamentos que se ha declarado en Europa. La pequeña república ha debido modificar tambien el equipo de sus soldados para ponerle á la altura de los últimos perfeccionamientos. El fusil de municion ordinario, que por lo visto ha concluido su mision, ha sido reemplazado con el fusil Weterli, que se carga por la culata, la cual contiene una provision de doce cartuchos. Esta nueva arma, de un alcance considerable y de una precision que no deja nada que desear, se dispara con una celeridad extraordinaria. Tambien se ha reformado la artillería, y en lugar del antiguo sistema, los suizos tienen ahora nuevos modelos rayados que se cargan por la culata.

Finalmente, los uniformes han sufrido modificaciones radicales, y todo el ejército usa hoy el chacó que se ve representado en nuestro dibujo. La charretera ha desaparecido, y un simple galon sobre el hombro adornado con cierto número de estrellas, marca las diferentes graduaciones. El corte del nuevo uniforme es el mismo para todos los cuerpos, y solo en el color está la diferencia del que á cada uno de ellos corresponde.

P. P.



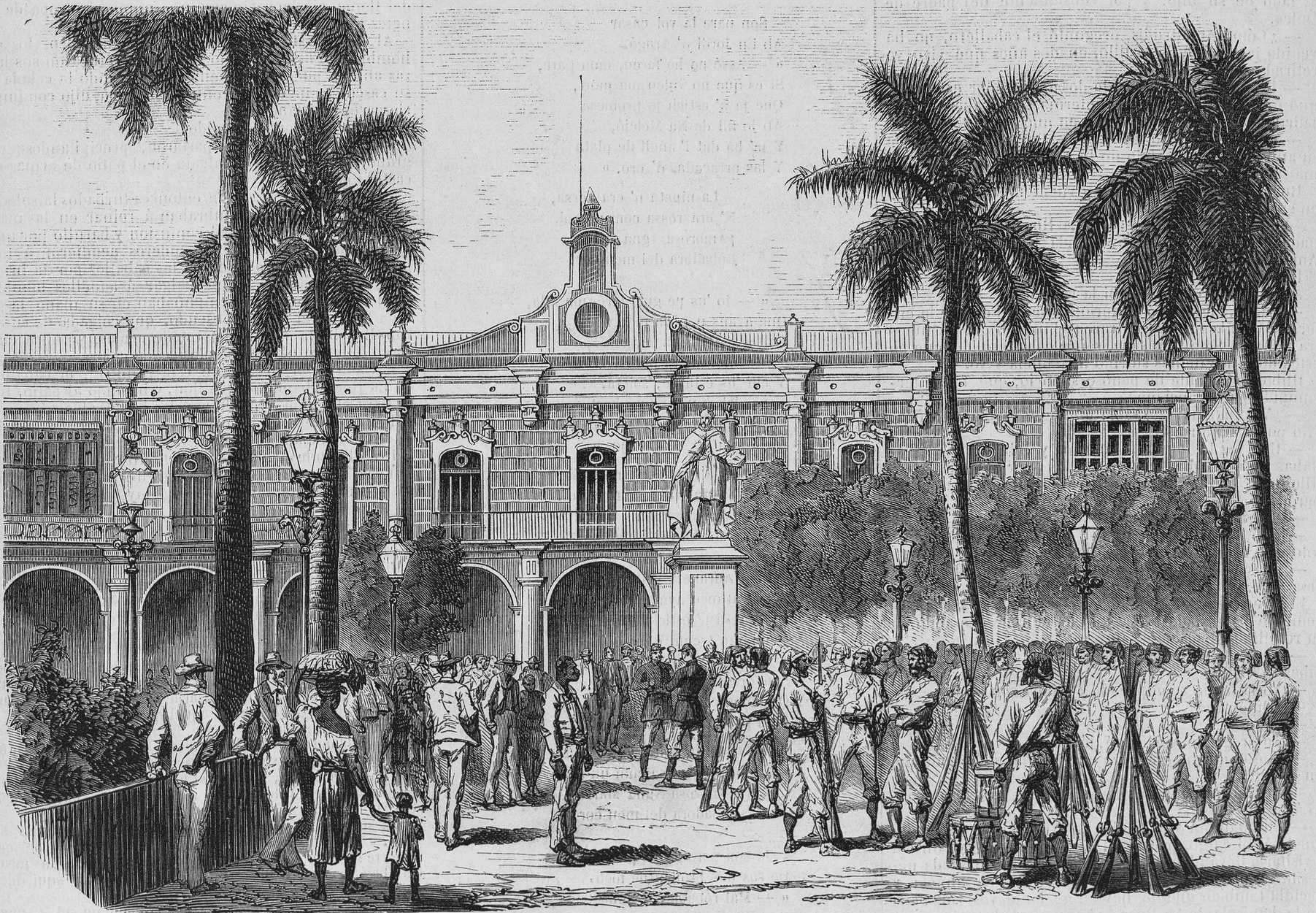


Los lunes de S. M. la Emperatriz. — Fiesta dada en Tullerías el 10 de mayo en honor de SS. AA. el principe de Gales y el archiduque Luis Victor de Austria.





Nuevos uniformes del ejército suizo.



Isla de Cuba. — Llegada de los voluntarios españoles a la Habana : aito en la plaza de Armas.



## La Damisela del Castillo,

CUENTO

POR DON VICTOR BALAGUER.

(Continuacion.)

Recibióle este sentado en su sillón, teniendo á sus piés á la damisela que se apoyaba en una de sus rodillas. El jóven entró en la cámara con vacilante paso, conmovido.

— ¿Cómo te llamas, jóven? preguntó En Galceran con cierto tinte de severidad en la voz que creyó oportuno deber tomar.

— Me llamo Rogerio, señor caballero.

El señor de La Roca le preguntó entonces por lo que habia pasado en el patio, y Rogerio le contó la escena con acento de franqueza, sin ocultar nada.

— ¿Y por qué pretendias ver á la damisela? dijo En Galceran suavizando el tono de su voz, pues iban ganando terreno en su corazón los nobles modales y simpáticos rasgos del mancebo.

— Señor caballero, hánme dicho que la damisela Dulce posee un bálsamo de virtud tan ejemplar que cicatriza en breve tiempo cualquiera herida, por antigua que sea. Ahora bien, mi pobre abuela se halla enferma hace mucho tiempo á causa de una herida que se hizo en la pierna, y al ver que sus sufrimientos se aumentaban, habíame dirigido esta mañana al castillo para pedir por caridad un poco de ese bálsamo á la damisela.

— Esto es verdad, señor abuelo, dijo Dulce. El bálsamo de que habla ese mancebo es el que me regaló aquel peregrino que vino de los santos lugares.

— ¿Y cómo se llama tu abuela, jóven?

— Se llama Amaltrudis, señor caballero.

Galceran de La Roca hizo un movimiento.

— Amaltrudis, la viuda acaso de mi buen servidor Ermengaudó, el que murió en la batalla de Corbins junto á mi infeliz hijo?

— La misma, señor caballero.

El señor de La Roca estuvo reflexionando un momento cómo podía ser nieto de Amaltrudis aquel jóven, cuando sus recuerdos no le traían á la memoria que Ermengaudó hubiese tenido ningun hijo. Dejando, sin embargo, para otra ocasion el aclarar esto, se inclinó hácia Dulce, y le dijo que Ermengaudó habia sido un vasallo suyo muy fiel, el cual habia muerto peleando al lado de su hijo, y por consiguiente del padre de Dulce.

— ¿Cómo Amaltrudis, preguntó el caballero, no ha venido jamás á este castillo, en dos años que vivo yo retirado en él.

— Porque hace ya mas de dos años, señor caballero, que mi pobre abuela está enferma, sin haber podido salir apenas de la pobre casita en que vivimos.

— ¿Enferma! ¿No habrá pues tenido necesidad de su antiguo señor cuando no ha acudido á mí haciéndome saber su estado?

Rogerio se calló, y Galceran vió asomar una lágrima en sus ojos.

— Jóven, dijo el señor de La Roca, ¿supongo que nada habrá necesitado, que nada le habrá faltado á Amaltrudis?

Rogerio prosiguió mudo.

— Contesta, mancebo. Dí la verdad.

— Señor, respondió Rogerio, la verdad es que la enfermedad y la miseria entraron el mismo día en nuestra morada. Solo Dios sabe, señor caballero, lo que en estos dos años hemos sufrido mi abuela y yo.

Hubo un instante de penoso silencio, que fué interrumpido por el anciano.

— ¿Y Amaltrudis no sabia que aquí estaba su señor? ¿No podia acudir á él?

— Una vez lo intentó. Enferma y débil como se hallaba, pudo un día llegar hasta las puertas de este castillo para hablar al señor caballero ó á la damisela, pero...

— ¿Pero qué?

— Fué despedida sin que se le permitiera hablar á uno ni á otra.

— ¿Despedida! ¿Y quién se atrevió á despedir de mi casa á la viuda de mi fiel Ermengaudó?

El jóven no contestó. Galceran de La Roca apartó suavemente el brazo de Dulce que lo tenia descansando en su rodilla, y se puso en pié.

— ¿Quién se atrevió á despedirla de mi casa? ¿Dí, lo sabes tú?

— Yo la habia acompañado y estaba con ella.

— ¿Quién fué?

— ¡Señor!...

— Te pregunto quién fué, jóven.

— Fué el mismo escudero que ha mandado ponerme en el cepo.

— Hoy mismo quedará despedida á su vez, y en cuanto á Amaltrudis...

— En cuanto á Amaltrudis, interrumpió la damisela, queda á mi cargo, padre mio. Esta tarde iré yo misma á visitarla llevándola el bálsamo y todo lo que pueda necesitar. Rogerio, id á decírselo así á vuestra abuela, y decidla tambien que de hoy en adelante vos sois page de la damisela de La Roca. ¿No es verdad, padre mio?

El anciano abrazó á su hija besándola en la frente.

— Mi pobre abuela os deberá la vida, señora mia, y sabré consagraros mi existencia, exclamó el nuevo page cayendo de rodillas y besando la orla del vestido de Dulce.

Al día siguiente Erasmo recibia la órden de salir del castillo y Rogerio comenzaba á ejercer sus funciones de page.

No se volvió á oír hablar de Erasmo por el pronto. Habia desaparecido. No obstante, lo que se preciaban de conocerle un poco á fondo, decian que al partir del castillo habia hecho un juramento de venganza y que Erasmo era muy hombre para no echar en olvido un juramento de esta clase.

## III.

COMO DE DONDE MENOS SE PIENSA SALTA LA LIEBRE.

Comenzó Dulce á tomarle tanto cariño á su page que no podia estar sin tenerle cerca de su persona. Como era decidida y sabia acompañarse perfectamente con el arpa, lo cual aprendiera de un trovador que vivió en el pueblo algun tiempo, le hacia cantar amorosas trovas, jugaba con él en el parque, y le elegia para compañero en sus paseos, excursiones y partidas de caza, sucediendo que mientras los escuderos y demás comitiva seguian á respetuosa distancia la hacanea de Dulce, el page Rogerio tenia siempre el privilegio de cabalgar al lado de la damisela y dirigirla á todas horas y á cada momento la palabra.

Esta intimidad, por estrecha que fuese, no podia inspirar á nadie desconfianza ni recelo. Eran ellos dos niños, y el caballero de La Roca gozaba en ver á su nieta contenta siempre y feliz, cuando antes, por el contrario, estaba siempre triste.

La damisela se habia acostumbrado á mirar á Rogerio como un hermano, y le trataba con una ternura y afecto verdaderamente fraternales. La mayor parte de las veladas las pasaba el page cantando trovas catalanas, que eran muy del gusto de la damisela, pero entre ellas ninguna complacia tanto á Dulce, como cierta cancion que Rogerio cantaba con simpática y melancólica dulzura y que la hermosa jóven oia con lágrimas en los ojos y siempre presa de una secreta emocion.

Así decia la trova:

La nineta n' era rossa,  
N' era rossa com un sol.  
¡ Amorosa Agna María,  
Robadora del meu cor!

Son pare la vol casar  
Ab En Jordi d' Aragó.  
« — Assó no ho fareu, mon pare,  
Si es que no volem ja mort,  
Que ja n' estich jo promesa  
Ab lo fill de Na Melció,  
Y m' ha dat l' anell de plata  
Y las arracadas d' oro. »

La nineta n' era rossa,  
N' era rossa com un sol.  
¡ Amorosa Agna María  
Robadora del meu cor!

« — Jo 'us ne guardaré, ma filla,  
Que avans perdria mon nom.  
La torre del Homenatge  
Ne té una negra presó,  
Y allí 'us estareu, soleta,  
Sens plaher y sens conhort,  
Fins á tant que 'us casareu  
Ab lo qui 'us destino jo. »

La nineta n' era rossa,  
N' era rossa com un sol.  
¡ Amorosa Agna María  
Robadora del meu cor!

« — Auraneta viatjadora  
Digali al meu aymador  
Que presa n' estich per ell  
Y que 'm tregui de presó. »  
« — Baixáu per aquesta escala,  
Senyora de la mia amor,  
Que mon caball nos espera  
Pera portarnos als dos. »

La nineta n' era rossa,  
N' era rossa com un sol.  
¡ Amorosa Agna María  
Robadora del meu cor!

Ja son pare se 'ls presenta  
De sos ulls brollantne foch.  
« — Mal robador de doncellas  
Que Deu te dó mala mort. »

Al dematí 'ls enterraban

En una tomba á tots dos.  
Caminant, quant aquí passes,  
Dígasne: « ¡ Deu los perdó! »

La nineta n' era rossa,  
N' era rossa com un sol.  
¡ Amorosa Agna María  
Robadora del meu cor! (1)

Ni la mas ligera nube venia á turbar la intimidad de los dos jóvenes. Cada día mas adicto el page á la damisela: cada día mas contenta la damisela del page. Así fueron trascurriendo días, así fueron pasando meses, así pasaron por fin dos años. Las ilusiones infantiles desaparecieron gradualmente para hacer lugar á otras impresiones y á otras emociones mas serias, y el mejor día Rogerio se encontró con que amaba á Dulce, Dulce con que amaba á Rogerio.

Era natural, bien mirado, que así sucediera. Ni el page tenia un alma de hielo, ni la damisela un corazón de mármol. Los dos eran niños, los dos inexpertos, los dos inocentes, y la inexperiencia, la niñez y la inocencia son tres puentes de que se vale el amor para salvar los abismos.

La damisela habia cumplido los diez y seis años y era hermosa como un rayo de sol. Con sus blondos cabellos que bajaban á jugar sobre su seno de nieve, con sus ojos azules, en cuyas limpidas córneas parecia reflejarse el color del cielo, con su talle esbelto cual la palma que se balancea en el desierto, era una de esas poéticas visiones como mas tarde las debian hallar en sus calenturientos sueños de artista esos dos grandes monarcas de la pintura á quien el mundo conoce con los nombres de Rafael y de Murillo.

Rogerio, que habia comenzado por admirarla como se admira á un ángel, acabó por adorarla como se adora á una mujer.

Ambos jóvenes se amaban, pero sin haberse dicho una sola palabra de amor. Se amaban con ese afecto que tiene algo de ternura, con esa ternura que tiene algo de delirio, con ese delirio que participa del éxtasis. ¿Qué importaba que sus bocas no se hubiesen abierto para decirse, si demasiado se lo habian dicho sus corazones y sus ojos, si demasiado se lo decian, á ella el rubor de su frente cada vez que veia á Rogerio, á él los latidos descompasados de su pecho cada vez que veia á Dulce?

En tal estado se hallaban las cosas, cuando á la caída de una tarde de verano, marciales sonidos resonaron de pronto en los alrededores, por lo comun solitarios del castillo, y pudo ver el vigía que velaba en la torre del Homenaje, aproximarse una numerosa tropa de jinetes montados en soberbios corceles.

Al llegar esta comitiva al puente levadizo, los dos hombres de armas que lo guardaban cruzaron sus lanzas ante la puerta, pero entonces, alzando la celada de su casco el que iba al frente de la tropa, dijo con imperiosa voz de mando:

— ¡ Paso al conde Arnaldo!

Y las dos lanzas se apartaron, precipitandose con grande estruendo la cabalgata en el patio de armas del castillo de la Roca.

Por largo rato se vieron entonces turbados la soledad y el silencio que acostumbraban á reinar en la mansión de La Roca. Todo fué confusion y barullo por unos momentos. Los criados y escuderos acudieron á toda prisa, y mientras unos tenian los caballos por la brida, los otros ayudaban á descabalar á aquellos hombres vestidos de hierro que empuñaban en su mano la pesada lanza y el bruñido escudo, que colgada de su arzon llevaba la terrible maza de armas, y sobre cuyo casco flotaban ufanas las plumas de colores.

Avisado de la llegada de esta comitiva, el caballero de La Roca abandonó su sillón, y bajando al patio, fué para el conde Arnaldo con los brazos abiertos, y con palabras corteses y grandes exclamaciones de gozo le estrechó contra su corazón.

Era el conde Arnaldo un caballero catalán, cuya casa señorial estaba en las cercanías de Ripoll. Poseia un castillo en la montaña de Mongrony y regresaba á su

(1) La muchacha era rubia, era rubia como un sol. ¡ Amorosa Ana María, robadora de mi corazón!

Su padre quiere casarla con Don Jorge de Aragon. — « Eso sí que no lo hareis, mi padre, si es que no quereis mi muerte, que ya estoy yo prometida con el hijo de doña Melchor, y me ha dado el anillo de plata y los pendientes de oro. » — La muchacha era rubia, etc.

« — Ya os guardaré yo de ello, hija mia, que antes perdiera mi nombre. La torre del Homenaje tiene una oscura cárcel, y allí os estareis, solitaria, sin placer y sin consuelo, hasta que os caseis con aquel que os destino. » — La muchacha era rubia, etc.

« — Golondrina viajadora, dile á mi amador que presa estoy por él y que venga á sacarme de la cárcel. » « — Bajad por esta escala, señora del amor mio, que mi caballo nos aguarda para llevarnos á entrambos. » — La muchacha era rubia, etc.

Ya su padre se presenta ante ellos brotando fuego sus ojos. « — ¡ Mal robador de doncellas, que Dios te dé mala muerte! » Por la mañana los enterraban en una misma tumba á los dos. Caminante, cuando pases por aquí díles: « Dios os haya perdonado. »

La muchacha era rubia, era rubia como un sol. ¡ Amorosa Ana María, robadora de mi corazón!



país después de haber pasado largos años en Provenza, donde se había hecho célebre por sus costumbres desordenadas y por sus escándalos. Era pariente cercano de la madre de Dulce, y se hallaba, á su regreso, con la nueva de haber desaparecido Azalaída y de haber muerto el hijo de En Galceran, sin haber quedado de este matrimonio más hijo que la niña confiada á la tutela de su abuelo paterno.

Cuando el señor de La Roca hubo dado disposiciones para alojar cumplidamente á los hombres de armas que habían llegado con el conde Arnaldo, tomó familiarmente el brazo de este, y subieron al salón de recepciones del castillo, donde se hallaba Dulce ocupada en bordar una banda verde. El anciano presentó el conde á la joven como deudo suyo por parte de su madre, y Dulce le recibió con toda cortesía y agrado, haciéndole familiares preguntas sobre sus hechos de armas y aventuras en Provenza, á lo cual contestó el conde Arnaldo con modales finos y caballerescos, pues pocos podía haber que le igualasen en galantería y en el arte de complacer á las damas.

Agradablemente entretenidos pasaron en estas pláticas hasta que la campana del castillo anunció que era llegada la hora de la cena. El conde, que había aprovechado un momento para ir á desembarazarse de su pesada armadura, ofreció galantemente el brazo á la damisela, y la acompañó al comedor, sentándose á su lado en la mesa y sirviéndola con esmerada cortesía. Mas de una vez, durante la cena, se hubo de ensombrecer la frente del page Rogerio que, como de costumbre, se hallaba de pie detrás del asiento de Dulce, para cumplir con lo que su cargo en el castillo demandaba. El conde ni siquiera puso en él la atención, pero el page, sin poder definirse la causa, sintió despertarse en su interior una especie de no comprendida aversión hacia el huésped para quien se habían abierto aquel día las puertas del castillo de La Roca.

Obsequioso y fino anduvo el caballero Arnaldo con su hermosa parienta, á la que, aprovechando la menor ocasión, dirigía galanteadoras frases y corteses lisonjas. Terminada la cena, levantóse la damisela, y después de servir el vino de la hospitalidad en la dorada copa, á la cual aplicó antes los labios como era ceremoniosa y tradicional costumbre en las damas de castillos, abandonó la estancia, retirándose en pos de ella todos los demás á quienes su rango no daba derecho á permanecer allí.

Quedáronse de sobremesa solos, y mano á mano, el señor de La Roca y el conde Arnaldo, delante del cual dejaron los servidores al retirarse, la dorada copa y un jarro lleno de exquisito vino del país.

El conde, que había seguido con la mirada á Dulce hasta que abandonó la estancia, fué el primero en romper el silencio.

— Por vida mia, dijo, que así Dios me perdone, como no he visto nunca más seductora joven que vuestra nieta y mi parienta.

El buen viejo de La Roca adoraba en su nieta y aceptó la frase con una sonrisa de placer.

— ¿Verdad que no esperabais hallar tan peregrina hermosura en el fondo de un arrinconado castillo?

— No, en mis días, noble En Galceran, y os aseguro á fe de caballero, que á su lado he sentido latir mi corazón como cuando tenía veinte años.

— Y eso que, si no miente la fama, dijo el señor de La Roca, cuando el conde Arnaldo tenía veinte años hacia la corte á las más bellas damas del país, sin que ninguna lograra fijarle.

— Pasaron ya aquellos tiempos para al conde Arnaldo, exclamó este. Hoy vuelve á su patria cansado de galanteos y de aventuras, deseando que el cielo le procure una esposa modesta y digna, para ser el ángel de su hogar doméstico.

— ¿De veras traéis esa resolución? preguntó el anciano á cuyos oídos no habían dejado de llegar los rumores, aunque muy debilitados, de los escándalos del conde.

— De veras. Por quien soy os digo que aburrido de mis locos devaneos, anhelo solo retirarme á mi castillo de Mongrony para pasar en brazos de una esposa querida los días que me dejen libre el servicio de mi príncipe y de mi patria.

— Loable resolución es esa y yo os la apruebo.

El conde Arnaldo llenó hasta los bordes la copa que tenía delante, y se la bebió de un trago, como si buscara en el vino valor para lo que iba á decir. Luego que hubo apurado aquella más que regular cantidad de líquido, se cruzó de brazos sobre la mesa y dijo, mirando fijamente al señor de La Roca:

— Oídme, si os place, noble En Galceran. Voy á comunicaros un proyecto.

— Hablad en buen hora.

— Dada mi resolución de abandonar mis locas costumbres de algún día para retirarme á mi castillo de Mongrony, sin pensar más que en hacer la felicidad de la mujer que á mí se una, ¿qué os parece si eligiera para ello á la hermosa damisela que acaba de salir de esta sala y os pidiera su mano?

Aquella brusca petición sorprendió al anciano.

— ¿Hablaís formalmente, conde?

— Formalmente os hablo. Es una idea que se me ha ocurrido mientras estábamos cenando, y han bastado estos breves momentos para que echara en mí tan profundas raíces como si viniera alimentándola de mucho tiempo.

El conde Arnaldo mentía al decir esto. Había ido precisamente al castillo con la firme resolución de obtener la mano de Dulce. La rica heredera de La Roca

podía ser una áncora de salvación para el señor de Mongrony, cuya hacienda estaba arruinada y próximos sus restos á caer en manos de implacables acreedores.

— ¿Pero habeis pensado en la enorme desproporción de edades, conde? Dulce tiene solo diez y seis años...

— Y yo cuarenta y cuatro. Esto indica precisamente que á mí sobra de edad puede suplir mi experiencia. He corrido el mundo, he viajado, he galanteado, y cuando un hombre que tiene mi experiencia se decide por el matrimonio, es que se halla firmemente resuelto á labrar la felicidad de la esposa que elija.

El anciano señor de La Roca inclinó la cabeza y guardó silencio por algunos instantes. Bastáronle estos para reflexionar sobre la proposición que se le hacía. Aun cuando al pronto le había repugnado la idea, no le pareció ya tan descabellada, pensándolo mejor. Era él de edad avanzada, tocaba ya en la decrepitud, y antes de cerrar los ojos, cosa que por malaventura no podía retardarse mucho, debía ser de gran solaz para su alma el dejar asegurados el porvenir y la felicidad de su nieta. ¿Qué iba á hacer la pobre niña sola, sin protectores, sin deudos, sin guías, el día que él bajara al sepulcro? A más, el conde Arnaldo era el único pariente de Dulce y su tutor, muerto el caballero de La Roca, según expresa condición puesta en el testamento que, antes de partir para Tierra Santa, hiciera Azalaída. Apresurémonos á decir que el buen anciano ignoraba el fatal estado de la fortuna del conde, y que sus mismas escandalosas aventuras y costumbres habían solo llegado á él como un rumor sin consistencia y sin gran fundamento.

Hechas, aunque rápidamente, estas reflexiones, En Galceran levantó la cabeza, y dirigiéndose al conde, que esperaba con gran ansiedad el fallo, le dijo:

— Mañana hablaremos, conde Arnaldo. Dejadme meditar y madurar esta noche vuestro proyecto.

El conde repirió. El acento benévolo del anciano parecía indicarle que no estaba lejos de ser aceptada su propuesta.

Prosiguieron en seguida hablando de otros asuntos indiferentes, y al sonar la campana del castillo el toque de retiro, el conde se levantó y, puesto en pie, con la copa llena en la mano, dijo:

— Permittedme el brindis de despedida. ¡A la buena memoria del magnánimo conde de Barcelona Ramon Berenguer III, y á quien Dios colme de gloria á su sucesor Berenguer Ramon!

— Así sea, exclamó el señor de La Roca, á quien nada podía ser tan agradable como este brindis, poniéndose también en pie y chocando su copa con la de su huésped antes de apurar el contenido.

Y en seguida los dos nobles se estrecharon cordialmente la mano, retirándose cada uno á su habitación.

Al siguiente día por la mañana, á la hora en que Dulce entraba en el dormitorio de su abuelo con un ramo de frescas flores cogido por ella misma en el parque del castillo y de que hacía cada mañana plácido presente al anciano, este, sentándose como de costumbre en su lecho, admitió el ramo, y atrayendo hacia sí á la niña, la besó en la frente y la estrechó contra su corazón con más ternura de la que solía.

La damisela levantó sus ojos hacia al noble viejo como pidiéndole en su mudo lenguaje cuenta de aquel exceso de cariño.

— Tengo que darte una buena nueva, hija mia, dijo el señor de La Roca. Prepárate á oírla.

— ¿Una buena nueva!

Y sin saber por qué, Dulce sintió sobrecogerse su corazón.

— Sí, querida mia. El conde Arnaldo me ha pedido tu mano, y yo he considerado que este enlace podía hacer tu felicidad.

La damisela se quedó muda y pálida como una estatua de hielo.

— Tu pariente, prosiguió el anciano, es todavía bastante joven, y ocupa una posición brillante adquirida por su título, por sus bienes y por sus bizarros hechos de armas. Es un buen caballero y una buena lanza. Estás destinada á ser feliz con él, y yo que más que nadie lo deseo, quisiera hallarte un protector antes que mis ojos se cerraran para siempre. ¿Qué te parece mi proyecto?

— Me parece, padre mio, dijo la damisela con una firmeza ejemplar de que ya varias veces había dado pruebas, me parece que no puede realizarse.

— ¿Que no puede realizarse! exclamó sorprendido el anciano ¿por qué causa?

— Porque para el enlace que me proponéis son necesarios dos consentimientos, el vuestro y el mio. Vos habeis podido dar el vuestro, pero nunca daré yo el mio.

— ¿Nunca! dijo el anciano que no acertaba á volver en sí.

— Nunca. No es el conde Arnaldo á quien amo.

— ¿Luego amas á otro?

— Sí, por cierto.

— ¿Y se puede saber, hija mia, el nombre de este venturoso mortal?

— Amo á mi page Rogerio y no quiero separarme de él, dijo la joven sin vacilar y con resolución.

Al oír esto el caballero de La Roca, soltó la mas franca y ruidosa carcajada que darse pudiera.

— ¡Donosa ocurrencia, por vida mia! exclamó.

Y tornó á entregarse con nueva fuerza á su hilaridad. Dulce, sintiéndose humillada y herida en lo más vivo de su corazón, no contestó una palabra y se retiró á su aposento, donde pasó encerrada todo el resto del día,

El buen anciano de La Roca se quedó profundamente meditabundo. No daba más importancia que la de una niñada á lo dicho por la damisela, que tenía ciertos caprichos y vanidades femeniles; pero la escena que acababa de tener lugar le aleccionó lo bastante para comprender dos cosas: primeramente, que era necesario apartar al page; segundo, que era conveniente casar á Dulce, á fin de darle prontamente un protector más vigilante y experto de lo que podía ser él. La idea de casarla con el conde Arnaldo no había hecho más que sonreírle, y solo para ver cómo la tomaba su nieta, había emprendido la conversación; pero entonces se fijó en ella y creyó que debía llevarse á cabo.

Aquella misma tarde el page Rogerio fué despedido del castillo. En Galceran le llamó y le habló de esta manera:

— Has abusado de la hospitalidad y con fea ingratitud has pagado la confianza que se te dispensaba. Sin acordarte de lo que me debías y de lo á que estabas obligado, te has atrevido á alzar los ojos hasta la heredera de La Roca. Pudiera castigar tu audacia mandándote colgar de una almena: me contento con desterrarte para siempre del castillo.

Rogerio quedó tan aturrido que no acertaba á comprender lo que sucedía.

— Ignoro de lo que me habláis, señor caballero, dijo. Solo puedo aseguraros que si efectivamente un sentimiento como el que decís ha penetrado en mi corazón, jamás ha subido hasta mis labios.

— Basta ya. ¡Despedad! dijo el señor de La Roca.

Y le señaló la puerta de la estancia por la que se retiró triste y meditabundo el pobre page.

Comenzaba á bajar la tarde cuando Rogerio salió de la habitación del anciano caballero, y principiaban las sombras á agruparse en los corredores del castillo. Atravesaba el page con lento paso una de las galerías, cuando sintió un ruido de pasos y vió pasar á una mujer por su lado que se apartó con rapidez después de haber deslizado un objeto en su mano. Creyó reconocer en ella á la dueña de la damisela.

Su corazón latió con violencia, apresuróse á llegar á la modesta habitación que ocupaba en el segundo piso del castillo, y allí, después de haber encendido una luz, clavó ávidamente la vista en el objeto que acababan de introducir en su mano. Eran unas tablillas como las que en aquel tiempo usaban las damas principales. Abriólas impaciente el page, y halló escritas en una de ellas estas palabras:

« Si os destierran del castillo, hallaos esta noche, una hora después de haber dado la campana el toque del retiro, al pie de la reja, que hay en la torre del Pino.»

No decían más las tablillas, pero era lo bastante para llenar de júbilo al page y para hacerle enloquecer de gozo. La letra de las tablillas era de Dulce, y la torre del Pino, al pie de la cual se le citaba, llamada así por existir un árbol de aquella clase en su cima, tenía una galería que comunicaba con la habitación de la damisela. Rogerio respiró con toda la libertad de un corazón oprimido por largo tiempo. Eran aquellas palabras la primera declaración de amor.

Por la noche, después de haber pasado la cena sin incidente notable, cuando se quedaron solos de sobre mesa el caballero de La Roca y el conde Arnaldo, dijo el primero al segundo:

— Lo he reflexionado ya, conde. Dulce será vuestra esposa.

El corazón del conde Arnaldo dió un salto, no de amor sino de codicia.

Al día siguiente el page había desaparecido del castillo sin que nadie supiera de él, y la damisela, sin manifestar ningún sentimiento de pena ó de extrañeza por aquella repentina desaparición, siguió entregándose tranquilamente á sus tareas y diversiones acostumbradas. Una semana después, ya nadie se acordaba de Rogerio, incluso el señor de La Roca, el cual, atendidos los cortos años de Dulce, juzgó que lo del page había sido un capricho juvenil, tan fácilmente olvidado, como fácilmente sentido. Ni le dió siquiera la importancia de participárselo al conde Arnaldo, quien ignorante de todo lo pasado, prosiguió galanteando á la damisela, en la cual notaba cierta heladora frialdad que creía hija de la timidez y del candor.

## IV.

## DE COMO EL HÁBITO NO HACE AL MONGE.

Una tarde cuando ya había transcurrido un mes de las escenas referidas, el conde Arnaldo se acercó á Dulce en ocasión de hallarse esta bordando una banda verde, la misma en que estaba ocupada cuando llegó por primera vez al castillo. Tomó asiento á su lado y le dijo cariñosamente.

— Ya vuestro abuelo os habrá hablado de los designios formados para vuestra futura dicha. Próximo está el momento de que estos designios se realicen. Recibidas las dispensas necesarias, solo falta que vos, querida mia, fijeis el día de la boda.

— ¿Qué boda? preguntó la damisela con la mayor indiferencia y como si no supiese de qué se le hablaba.

— La nuestra.

— Perdonad, conde, dijo entonces la joven con esa varonil firmeza de que á menudo daba muestra, pero yo creía haberle dicho á mi abuelo que en este punto era invariable mi resolución.

(Se continuará.)



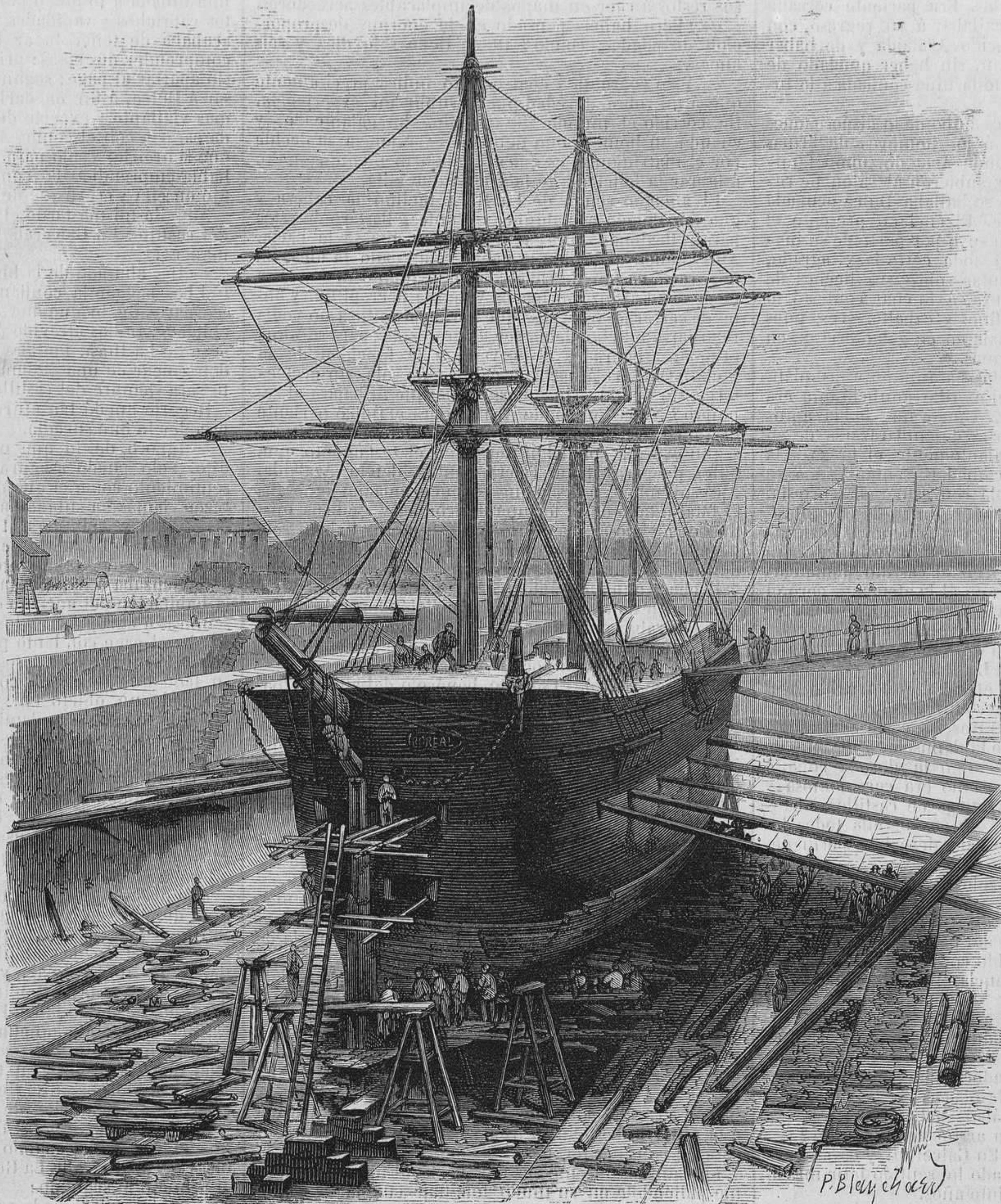
## La expedición

AL POLO NORTE.

Muy luego debe salir del Havre el *Boreal*, al mando del capitán Gustavo Lambert, y si Dios quiere, el *Boreal* dará cima á una empresa que hará época en la historia de la navegación francesa, pues se propone nada menos que la conquista del polo Norte.

Desde hace algunos años la cuestión del polo Norte ha vuelto á entrar, digámoslo así, en el dominio de la actualidad científica. Por todas partes han surgido nuevos proyectos de exploración; alemanes, suecos, americanos y franceses, parecen haberse dado cita en las regiones árticas.

La cuestión principal, está en la presencia del mar libre de hielos de la *Polynia*, al extremo del eje de la tierra. ¿Hay ó no en los parajes mas setentrionales, espacios que disfrutan de una temperatura menos fría que la de las comarcas contiguas? Después de haber pasado las barreras de hielos que forman un enorme cerco en torno del polo, ¿se puede llegar á una especie de Caspio, un mar interior navegable? Tal es el problema principal cuya solución se espera. Con efecto, ya ese mar libre de hielos fué entrevisto en 1854, por Morton, compañero de Kane, y en 1863 por el doctor Hayes;



La expedición al polo Norte. — El *Boreal* en el carenero del Havre.

pero nunca ningún buque ha podido abrirse paso hasta esos sitios.

El capitán Gustavo Lambert tiene la esperanza de poder llegar á ese mar, á velas desplegadas, tomando una vía casi nueva en esas grandes empresas polares, el estrecho de Bering.

Según sus conjeturas es el mejor camino. Sobre este punto, nuestro modo de ver es diferente.

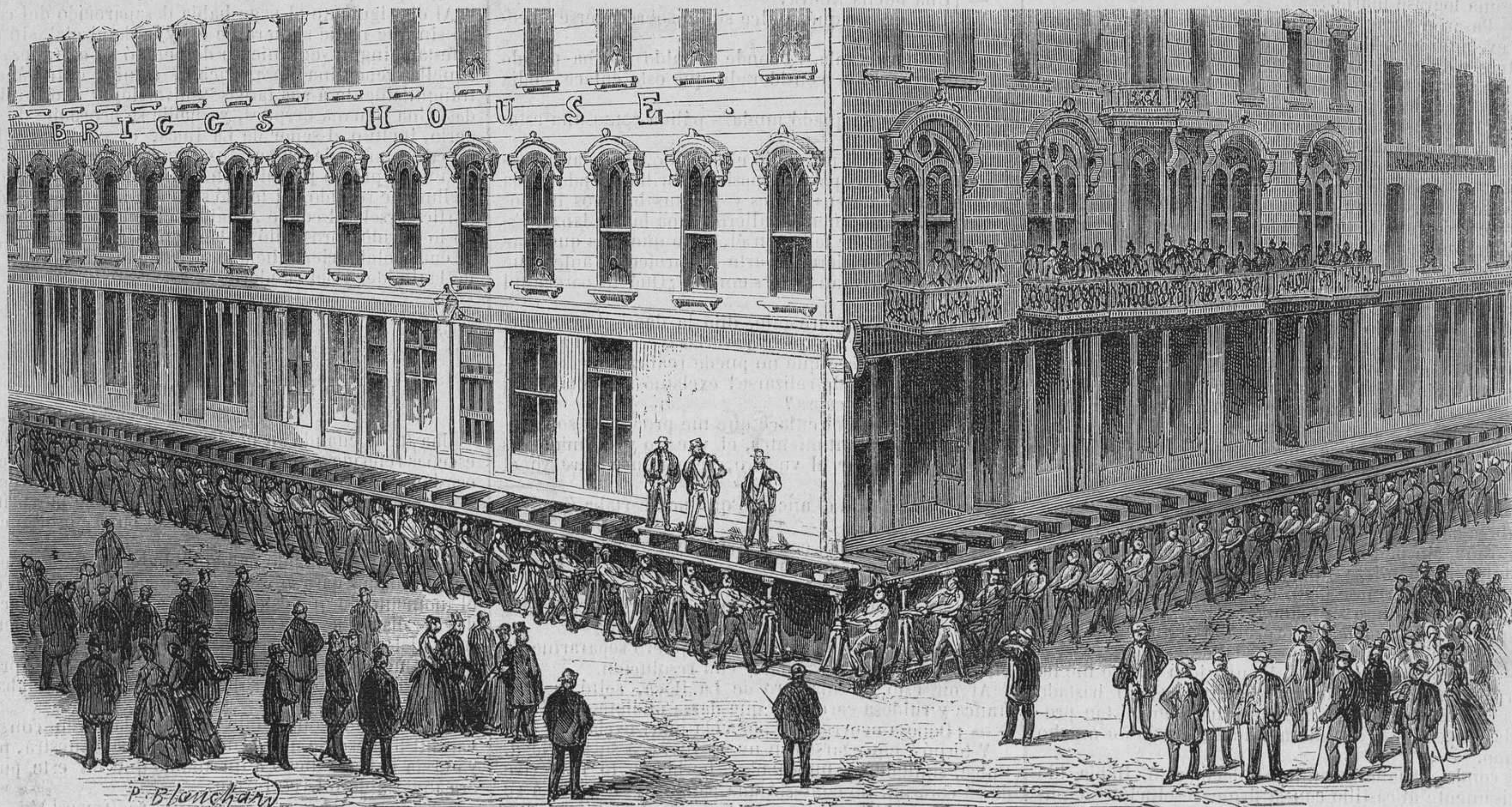
El *Boreal* doblará el cabo de Hornos, seguirá las costas occidentales de América y se lanzará definitivamente hácia los parajes árticos, después de un trayecto que parecería considerable á muchas personas; pero para navegantes del temple del capitán y sus compañeros, ese viaje de miles de leguas no significa nada.

M. Gustavo Lambert ha apelado al público para sufragar los gastos de su expedición, no habiendo querido haberlo todo al gobierno; y efectivamente, se ha abierto una suscripción con aquel fin y nuestro grabado prueba que el atrevido capitán no pierde el tiempo, pues el *Boreal* estará muy pronto en estado de emprender el viaje de que acabamos de hablar en estas líneas. R. C.

## Una invención

AMERICANA.

¿Qué no se ha dicho ya sobre el genio



Una invención americana. — Sistema inventado para levantar el nivel de las casas en Chicago (Estados Unidos).



inventivo de los americanos y sobre ese espíritu de iniciativa que les hace acometer, á veces con tan feliz éxito, las empresas mas aventuradas? Hé aquí un nuevo ejemplo: la ciudad de Chicago, edificada como es sabido, en las márgenes del lago Michigan, estaba expuesta por causa de su situación, á frecuentes inundaciones y en tiempos ordinarios á continuas filtraciones que convertían sus calles en verdaderos pantanos. Contra este mal que se habia hecho intolerable, no habia mas que un remedio, y era el de levantar el nivel de todas las calzadas, como así lo resolvieron; pero para esto era preciso echar abajo las casas y reconstruirlas despues si no se queria que se quedasen enterradas á los lados de las nuevas calles. Bajo este concepto, los ingenieros americanos idearon un término medio, muy arriesgado al parecer, pero que la experiencia coronó con pleno éxito: consistia en levantar las casas por medio de *gatos* hasta ponerlas al nivel que se deseaba.

Nuestro grabado representa uno de los mejores hoteles de Chicago, cuyo nivel se levantó como decimos hasta doce piés sobre la altura que tenia antes. La operacion ejecutada en veinte y siete dias por seiscientos *gatos*, se efectuó con tal precision que el servicio del hotel no se interrumpió un solo instante. La masa entera del edificio, que comprende cinco pisos, representaba un peso calculado en 22,000 toneladas. Es invencion digna de ser conocida, pues seguramente tendrá donde aplicarse.—P.

tenga sus recuerdos históricos. Si no fuera así, no podría uno preguntarse para qué sirve la proximidad de la ciudad histórica por excelencia, la grande y antigua capital de la Francia.

Chatou fué célebre durante largo tiempo por su puente tan pintoresco que debia pasarse para ir á San German. Sin embargo, no era otra cosa que una pobre

agradable. Al lado de Chatou estaba el bosquecillo del Vesinet que el canceller Maupeou habia elegido para instalar en él su faisanería. Hoy el bosque ha desaparecido, y en el sitio que ocupaba se ha construido un pueblecillo de casas de recreo, en cuyo centro se eleva el Asilo imperial para los convalecientes de los hospitales. Solo este establecimiento merece un viaje al Vesinet, pues efectivamente, no puede darse visita mas interesante.

G. B.



Cercanías de Paris. — El Vesinet.

**Cercanías de Paris.**

CHATOU. — EL VESINET.

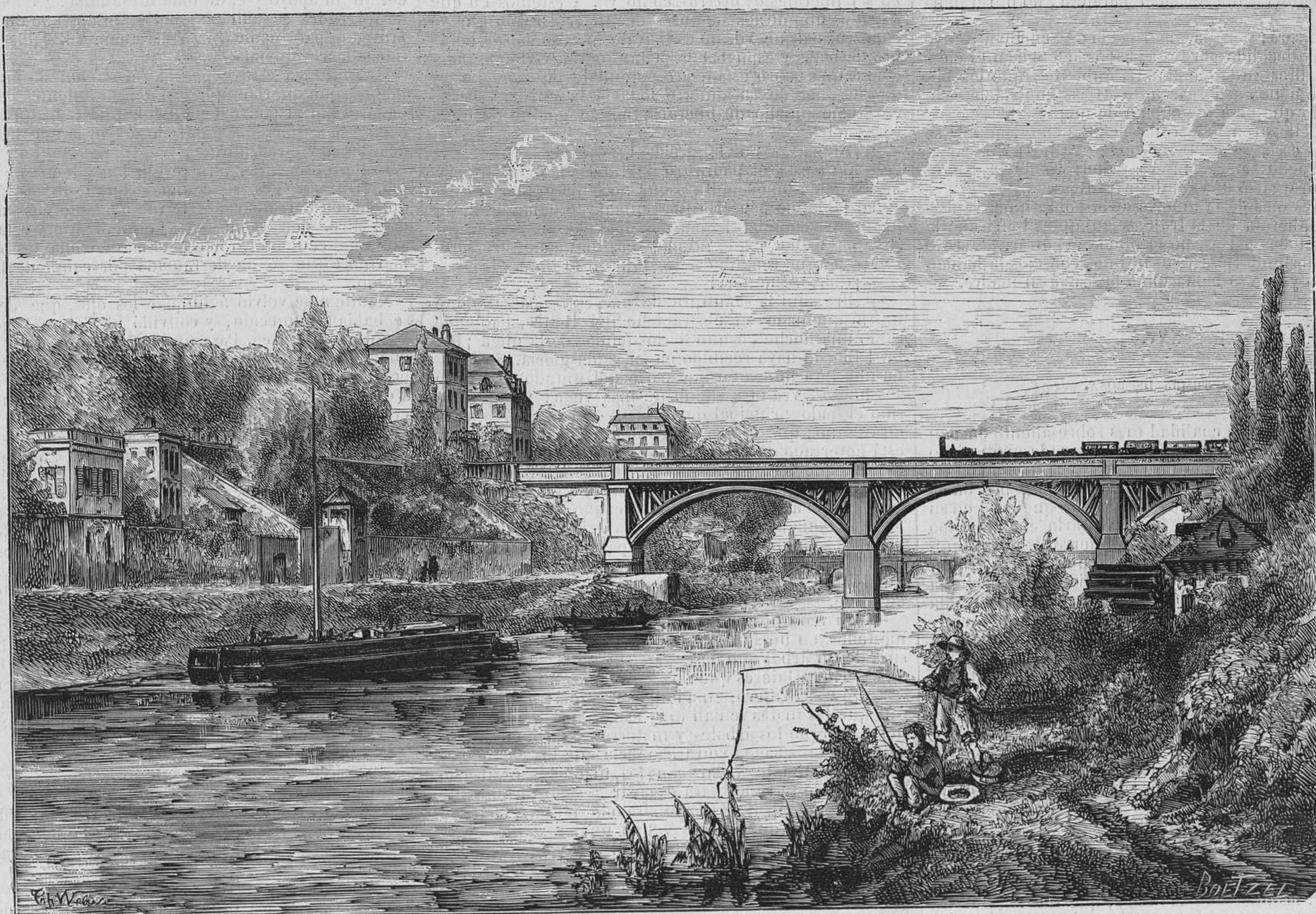
No hay pueblecillo en las cercanías de Paris que no

aldea sin atractivo de ninguna especie; pero desde entonces las cosas han cambiado y hoy en Chatou existen otros atractivos que el famoso puente. Toda una colonia de parisienses amigos de la vida campestre se ha esparcido en las orillas del Sena. Las casas mas elegantes han reemplazado á las casitas rústicas. Las menores porciones de terreno, están cubiertos de bonitos plantíos y las habitaciones de esos campos ofrecen lo que no tienen las de la ciudad, la comodidad unida á lo

de Rosa. El pueblo rezaba el credo en voz alta, y era sublime oír aquel «creo en la resurreccion de la carne y en la vida perdurable,» pronunciado delante de los sepultureros que en ese momento apretaban la tierra para incorporar en su seno la carne y los huesos de Rosa.

El sacristan clavó una cruz encima de la sepultura, y la gente se fué dispersando.

— ¡Se acabó Rosa! dijo Manuela á don Demóstenes.



Cercanías de Paris. — Chatou.



— ¡Que la tierra le sea ligera! contéstó este con un suspiro.

— ¡Que Dios tenga su alma en el cielo! que por lo que hace á la tierra siempre es pesada, aunque esto no importa á la carne muerta. Yo vi pasar á Rosa ayer, como á eso de la oracion, por el patio de la casa.

— ¡Ilusiones, Manuela!

— Pues de esas ilusiones hay muchas, y entre gente que no es crédula. Hay muchos casos en que se han visto personas ausentes, ó se han sentido ruidos sin causa, ó se han tenido sueños á tiempo de la muerte de alguna persona. Yo le contaré algunas historias sobre esto.

— No creo en nada de eso.

— Pues si no cree tiene que reventar, según la persona que las cuente.

— Los muertos no vuelven, Manuela, y todas esas historias no son sino hijas del fanatismo y de la superstición de los católicos.

— Si los muertos no vuelven, ¿por qué es que sostiene Vd. eso que quería hacerme creer, y que llaman evocación, visión doble ó espiritismo?

Don Demóstenes agachó la cabeza; pero como era un hombre de mucho talento, encontró pronto una respuesta.

— Y si no quieres creer que se puede evocar á los espíritus, ¿cómo crees que se aparecen? ¿No ves que hay una contradicción?

Aunque Manuela no tenía ilustración, acertó á darle esta respuesta con tal prontitud, que se conocía que no la improvisaba.

— No sea duro, don Demóstenes. Yo no creo que los espíritus vuelvan á la tierra por voluntad del hombre; pero sí pueden venir por voluntad de Dios.

En esta vez se quedó muy callado don Demóstenes, á pesar de su grande ilustración, porque no pudo recordar si esto tenía respuesta en los libros de los espiritistas, y se propuso examinar despacio esta cuestión para quitar á Manuela sus supersticiones.

Al cabo de un rato de silencio, dijo Manuela:

— ¡Pobre Rosa! Ella conocía su muerte, según se notaba en sus conversaciones, que todas eran funestas de pocos días para acá. Y Vd. tuvo alguna parte en su muerte.

— ¿Yo? ¿Qué disparate!

— ¿No le dije que Celestino, su novio, la estropeó y la abandonó por resultados del San Juan?

— ¿Y qué?

— Pues que tuvo celos con usted.

— ¿Conmigo? ¡Vaya un zoquete!

— Eso es lo que se dice.

— Tendría ese miserable ganas de cortar relaciones con esa pobre y se valió de ese pretexto.

— Decía que lo vió á Vd. hablando con Rosa en los montes del Retiro.

— Eso no fué sino que la pobre Rosa, que era tan servicial, tuvo la condescendencia de ir á mostrarme las casas de la hacienda, que ese *matroz* de Juan Acero, miembro de la santa sociedad baratera, no quiso indicarme.

— Todo será; pero la madrugada de San Juan estuvo usted muy decidido por Rosa; ¡Dios la tenga en el cielo y mis palabras no la ofendan! También es que los bogotanos se ponen á florear á todas las muchachas sin saber en lo que para, de cuenta de majos.

En esto llegaron á la calle del Caucho. Manuela se entró á la casa y don Demóstenes se fué á buscar al maestro Pacho, el carpintero y herrero de la parroquia, á encargarle una tumba para Rosa.

A los tres días de la muerte de la pobre niña, se desapareció Liberata de la troje, y aunque el africano la buscó por todas partes, no la pudo encontrar. Se creyó que la muerte de Rosa y sus últimos consejos la habían convertido y que se había ido á buscar á su madre.

## XXV.

## LA TUMBA DE ROSA.

La gratitud era la cualidad más sobresaliente en don Demóstenes. Tenía la ventaja de no ser desmemoriado para con los pobres que le servían, y era porque él no creía que valía más que todos. Don Demóstenes había quedado muy reconocido de Rosa desde que posó en su casa, y en prueba de ello, fué á visitarla cuando supo que estaba en cama, asistió á su entierro, y todavía quiso perpetuar su gratitud erigiéndole un sepulcro, según las escasas proposiciones de la parroquia. Había hecho la contrata con el maestro Pacho para una tumba, y al día siguiente del entierro de Rosa fué al cementerio á recibir la obra. Allí encontró á Manuela, la familia de Marta y otras personas. La tumba consistía en una verja de astillas de guadua con puntas agudas, de las cuales se habían formado ángulos obtusos hacia la parte de arriba. Dos travesaños amarrados con bejuco negro fijaban la balaustrada. Adentro se veía la tierra del sepulcro recientemente aplanada, y en la mitad estaba clavada una cruz de diomate, trabajada con esmero, en cuya base se leía: ROSA, VÍCTIMA DE DOS TIRANOS. Cerca de la cruz se veía un rosal, grande y florido, que había sido trasplantado de la huerta de Manuela.

Don Demóstenes dió por recibida la obra, y se quedó callado por algunos instantes. Del grupo de gente que lo rodeaba tampoco se oyó ni un acento, con excepción de un ¡ay! lastimoso de Manuela, que fué seguido de lágrimas y de suspiros de sus colaterales. Don Demó-

stenes se había quedado cogido de la verja y parecía que meditaba. Por cierto que la tumba ofrece puntos de meditación, cualesquiera que sean las ideas religiosas que uno tiene, y más si la tumba encierra el cuerpo de una joven de diez y seis años, que pocos días antes no despertaba sino recuerdos de amor y dicha.

El grupo se fué disipando y don Demóstenes convidó á Manuela á pasear el cementerio.

El área estaba cercada de guadua y sobre su suelo, exuberante como el de todas las tierras calientes de Nueva Granada, se levantaban grupos de ambuque, michú, guásimo y algunos otros árboles, y también matorrales pequeños de venturosa y de tabaquillo que no es posible arrasar, porque la vegetación se burla de la mano del hombre en aquellos terrenos. Los árboles que se encontraban no eran cultivados como lo son los cipreses y sauces babilónicos de los cementerios de Bogotá. La grama, más espontánea todavía, ocupaba algunos lugares pequeños, en donde se notaban las sepulturas más recientes decoradas con una cruz de palo; las más antiguas con el mástil sin brazos; y las que ya pasaban de diez ó veinte años no eran visibles sino por tres ó cuatro piedras que se divisaban por entre las ramas de los arbustos y bejucales.

No había rosales, pero había narcisos de monte y flores preciosas de algunas enredaderas. Las aves visitaban este paraje con toda libertad y hasta anidaban en las ramas. Un frigüelo, que es un ave negra sumamente perezosa en sus actitudes, estaba sobre la cúspide de una cruz, á tiempo que todas las flores eran revisadas por una diminuta tomineja. Los afanes de la vida y la inercia de la muerte estaban pintados en aquellos huéspedes y en aquel silencio, que era interrumpido solamente por un chillido lúgubre que sonaba al lado opuesto de los matorrales; el aire no movía las hojas de los árboles, y las pisadas no sonaban, porque la grama servía de alfombra.

— ¡Oh! exclamó don Demóstenes, después de caminar muchos pasos en el más absoluto silencio: en este cementerio es en donde está precisamente verificada la igualdad de la tumba, porque todas las sepulturas son de unas mismas dimensiones, y las decoraciones todas son de una figura de palo que siempre es la misma. ¡Santa igualdad de los sepulcros, recibe los votos del más ferviente adorador de la república perfecta!

— Así dice Vd., repuso Manuela, después de unos instantes de profunda meditación; pero Vd. es el primero que ha venido á echar á perder la igualdad de nuestro cementerio, poniendo una mata de rosa y una cerquita de guadua, que no se usaban. Así son las cosas.

— ¿Te pesa?

— ¡No, don Demóstenes! Por el contrario, yo le ofrezco que todas las noches de verano vendré á rociar la mata y á rezar por el alma de la difunta Rosa. Lo que me pesa es que Vd. no sea consecuente en lo que hace con lo que dice, porque Vd. nos relata siempre cosas muy nuevas y muy bonitas, y luego salimos con que Vd. es el primero que no las cumple. La gracia está en ser liberales *de veras* como yo. Y estemos en que usted es uno de los hombres de mejor corazón que yo conozco, porque Vd. no es ingrato ni déspota. El hombre de botas y espuelas de plata, que ha vivido agradecido á una pobre estanciera porque le dió de cenar, y que después de su muerte todavía la quisiera servir, ese tiene mucho de liberal. ¡Dios le guarde su buen corazón!

— ¡Gracias, Manuela, gracias!

— Aquí está el padrastro de Rosa, añadió Manuela, mostrándole una sepultura que no tenía grama por encima. ¡Cuándo pensaría Rosa que no le había de llevar un mes completo! Bien nos dice el señor cura, que sirvamos á Dios y que no hagamos mal á nuestros prójimos, porque ninguno sabe el día ni la hora.

— ¡Cierto, Manuela!

— Mire aquí la sepultura de un peon socorrano que murió quemado en el trapiche del Retiro, habiendo caído una noche en uno de los fondos de la miel. ¡Pobre! Dios lo haya recibido en su santa gloria. Su familia no sabrá nunca en qué parte del mundo quedaron sus huesos. Vea otra sepultura más vieja; ya no tiene sino el palo principal de la cruz, porque se soltó el travesaño, que estaba amarrado con un bejuco: ahí está enterrado don Bonifacio. Era un hombre que nunca tuvo que ver con los jueces, que sangraba y sacaba muelas de balde á todos los pobres, que enseñó á algunos muchachos á leer, que hacía lo que previenen los mandamientos de Dios y de la Iglesia y lo que ordenan las autoridades. ¿No le parece á Vd. que ese hombre era muy bueno? Pues ha de saber Vd. que murió muy pobre, y que el entierro se lo hizo el cura de balde.

— Allí veo unos montoncitos de piedras, dijo don Demóstenes, en un sitio que me atrae por la triste hermosura de un árbol que descuelga sus ramas hasta llegar á la tierra. ¿Quieres que nos arrimemos un poco?

Entró el caballero, guiado por Manuela, por un paraje que las matas tenían muy estrechado, no como callejón, porque los árboles y matorrales no guardan simetría, pues sucedía con frecuencia que los parroquianos tuvieran que rozar con los machetes el trecho necesario de terrenos para excavar la sepultura de uno de sus deudos; ¡tal es la exuberancia del terreno! Don Demóstenes se quedó observando unas semillas de la parásita llamada *pajarito*, que tenía invadido el árbol del guásimo, formando una enramada muy tupida y de un aspecto sumamente funerario; y cuando volvió á mirar á Manuela la vió arrodillada rezando, con la cabeza inclinada á la tierra, con tal devoción, que se la

hubiera quitado inmediatamente el sombrero, y hasta se hubiera arrodillado, si no hubiera terminado la piadosa Manuela su oración.

— ¿Qué rezaste? le preguntó don Demóstenes á su casera.

— El padre nuestro; ¿tendrá algo de malo?

— ¿Por qué me lo preguntas?

— Porque los señores se rien de que uno rece, bien es que Vd. me ha dicho que es tolerante.

— Te hablo con franqueza, dijo don Demóstenes á la piadosa Manuela; no ha sido risa, sino ternura y piedad lo que me ha inspirado el acto verdaderamente religioso que acabas de ejecutar; y si yo escribiera tu historia, esta pintura figuraría en una lámina del capítulo que yo llamaría «el cementerio de la parroquia.» Allí estaría Manuela triste, pero más hermosa que nunca, hincada sobre la grama bajo la sombra de un árbol funerario, junto de un pequeño túmulo de piedras toscas, y al lado se vería un viajero contemplándola. Por otra parte, esa oración es tan buena, que hasta me parece universal: un mahometano podría usar de ella sin escrúpulo ninguno.

— Es la mejor, dice la doctrina cristiana, porque la dijo Cristo por su boca á petición de los Apóstoles.

— Sea de ello lo que fuere, eso de perdonar á los deudos, es la fraternidad elevada hasta lo sublime.

— Siempre que vengo al cementerio rezo en este mismo lugar, le interrumpió Manuela, porque aquí está enterrado un hermanito mío, y allí debajo de aquellas piedras mi abuelita, que me quería tanto. Debajo de aquel otro piloncillo de piedras me han dicho que están los huesos de mi bisabuela: ¡polvo será lo que hay! ¡Ojalá que yo no tenga que volver á huir de mi parroquia, no vaya á ser que me muera lejos, y que no me entierren junto á los míos! Dicen que lo mismo sale que lo boten á uno al mar, ó que lo entierren aquí ó allí; pero yo no sé en qué consiste que todavía después de la muerte quisiera yo estar en la misma parte donde están los de mi pueblo y los de mi familia. ¡Ojalá que hubieran enterrado á mi padre en este mismo lugar; pero las revoluciones!...

Y volviendo la cara para otro lado, quiso ocultar sus lágrimas de la vista de don Demóstenes, aunque inútilmente, porque los gemidos no pueden pasar inadvertidos; él tampoco pudo disimular una lágrima que rodó por su larga barba.

Después que enjugó Manuela sus lágrimas, volvió la cara hacia su huésped y le hizo esta sencilla pregunta: — ¿De qué les sirve á los liberales haber hecho la revolución de 1854, don Demóstenes?

— Esa la combatí yo, y no con peroratas, sino á balazos, como lo hicimos casi todos los gólgotas.

— ¿Y si hubiera triunfado?

— Te digo la verdad que estaríamos lo mismo.

— ¡Ay, don Demóstenes! exclamó Manuela, con un grito como el que causa una punzada material sobre los miembros más delicados del cuerpo humano; ¿con que la república ha quedado lo mismo después de perder yo mi apoyo y el de toda mi familia? ¿Y los huesos de mi padre se hallan botados, quién sabe dónde, sin provecho para nadie?... ¿Y así tiene Vd. valor de santificar la revolución?

— Yo nunca estuve por la revolución de los draconianos, que querían ejército, nombramientos de gobernadores por el poder ejecutivo y una Constitución que echase por tierra la de 21 de mayo, la más liberal de cuantas hay en el mundo.

— Pero estará por otra revolución y todo sale lo mismo. ¡Oh! ¡Si Vds. se compadecieran de las lágrimas que hacen derramar por llevar adelante sus calaveradas! Mire, don Demóstenes, esta piedra y esta tierra santa del cementerio han recibido encima los pozos de lágrimas que yo he derramado por causa de la revolución.

Manuela se volvió á limpiar los ojos, que de nuevo se habían humecido, y convidó al viajero bogotano á terminar el paseo. Pasaron por junto de una tumba que yacía oculta debajo de los árboles y matorrales, y poseído el viajero de la más ansiosa curiosidad, se puso á examinarla por los costados, y vió que era un sepulcro de calicanto medio arruinado, y á fuerza de trabajo vió la inscripción que decía: «Aquí están depositados los restos humanos del señor cura N. N., año de XXX.»

Siguieron su camino, hasta detenerse al pie de un michú ó jaboncillo, debajo del cual estaban algunas quinientas pepas negras y del tamaño de una bala de pistola, duras como una pieza de vidrio, de las cuales había muchas cubiertas con una cutícula carnosa, que se usan como jabón, por entre las cuales pasaba un convoy que llamó la atención al viajero, y este puso una rodilla en tierra para observar.

Iban llevando unas cuantas hormigas negras y muy pequeñas un abejón muerto, y era admirable la prisa que se daban y las carreras que emprendían; las que no tiraban, cargaban, y eran de verse los esfuerzos de las que llevaban cogidas las patas y las alas del muerto.

— Un entierro, dijo Manuela á su huésped.

— ¿Cómo un entierro?

— Se llaman *entierra-muertos* esas hormigas.

— ¿Ejercen pues las obras de misericordia de los católicos?

— Por su propio interés. Siempre las verá Vd. ocupadas en recoger cuantas polillas y cucarachas encuentran muertas, y las llevan á enterrar á sus cuevas para comérselas.

— Entonces no es sino caridad con uñas. ¡Muy bien!

Al volver de un matorral, dieron los ojos de don Demóstenes con un espectáculo sumamente raro. Una



mula de veinte años de edad, blanca como la nieve, llena de cicatrices como los inválidos de la guerra de la independencia, pues había perdido en el trapiche una oreja y el uso de uno de sus cascotes, pues que no caminaba sino con la muñeca de una de sus manos, se había entrado por un portillo de la cerca, atraída por las tentaciones de la crecida grama, y cuando sentía ruido se metía en un matón de michúes. Un ave descarnada, flaca y de apariencia lastimosa, caminaba lentamente por encima del espínazo de la mula, dando los sonidos de *quir, quir*, en su voz lamentable, la misma que don Demóstenes había oído desde lejos, y terminando su viaje en la nuca de la inválida, se puso á sacarle de la oreja alguna cosa existente allí.

— Es la tolerancia mas calmada que yo he visto en mi vida, dijo don Demóstenes.

— Es porque le tiene cuenta, dijo Manuela; ¡ mire qué gracia!

— ¿Y qué gana la mula con permitir esa libertad tan amplia á ese animal de rapiña?

— Porque ese animal le saca las garrapatas de la crin, de las orejas y del rabo. ¿No ha visto Vd. una bestia empedrada de garrapatas, las cuales se llenan de sangre hasta ponerse del tamaño de un grano de maíz? Pues bien, esa ave por tener ese destino, se llama el garrapatero.

— Es proteccionista. ¡ Bien, bien!

— Con unas; porque es gavilán y porque las garrapatas que quita se las come todas; por lo menos él no se queda sin pagarse con usura por el bien que hace.

— ¡ Oh! es cosa admirable cómo se concilian los intereses mútuos, dijo don Demóstenes, sacando de aquel pasaje una meditacion social.

— No se admire Vd. de esa mula que ya está para entregar el carapacho á los gallinazos; había de ver un potro de esos que el día que sienten encima el rejo de enlazar, brincan como la ira mala, y cuando el garrapatero se les monta aguantan como aguantamos en esta parroquia la proteccion de los gamonales.

Ayacucho, que se había ido por el rastro de su amo, le latió á la mula y espantó al proteccionista, de lo que se molestó el caballero, porque ese latido le pareció una profanacion del santo silencio de los sepulcros, y lo llamó para castigarlo. Habían llegado al extremo del cementerio, y el viajero se volvió para la puerta.

Cuando pasaba don Demóstenes por junto del guásimo que prestaba su sombra á las cenizas de los deudos de Manuela, se sintió como detenido por una mano invisible; su corazon se agitaba, y la angustia de una emocion extraordinaria lo privó de la aptitud de caminar. Fué que se le vino la idea de que tal vez Manuela había de venir á buscar su puesto de familia, tan hermosa, tan jóven como Rosa.

La tarde estaba muy avanzada; y don Demóstenes y Manuela caminaban lentamente hácia la puerta del cementerio. Era profunda la tristeza de sus corazones, segun lo expresaban los ojos de entrambos, y hasta los pasos y las miradas de Ayacucho, que caminaba detrás, parecían ejecutados conforme á la situacion. Al pasar por junto á la tumba de Rosa se volvieron á detener los dos visitantes de los sepulcros para tributarle nuevos recuerdos y para esparcir sobre ella las flores que Manuela había recogido durante su largo paseo en el cementerio. Don Demóstenes se dirigió á la puerta, mientras Manuela se quedó inmóvil teniéndose de la reja de guaduas, seguramente meditando en lo que nunca deja de meditar quien dirige una despedida eterna; al separarse se limpió las mejillas y balbuceó estas palabras, con una expresion de verdadero dolor:

— ¡ Cuándo yo pensaba que no la había de volver á ver!

Al llegar Manuela á la puerta del cementerio encontró á su huésped leyendo, recostado en la grama, y como tenía el libro abierto por una de las láminas, Manuela se sentó junto por curiosidad, y se quedó mirando.

— Este no es lugar de leer novelas, dijo Manuela á su huésped. ¿Qué libro es ese que está leyendo?

— *El Diablo en París*.

— Eso será alguna cosa mala.

— ¡ Cosa muy buena! le contestó distraído el caballero y siguió leyendo en una hoja que decía:

*Dans l'avenir inconnu que nous ouvre la mort, il y a quelque chose de grand et de saint...*

— ¿Qué me suplo con oír inglés? No sea tan...

— ¡ Es francés, majadera!

— Las mismas yucas arranco.

— ¡ Cierto! dijo don Demóstenes y le tradujo el pasaje así:

« En el porvenir ignoto que la muerte nos abre, hay algo de grande y de santo; por eso el culto de los abuelos es de todos los países y de todos los tiempos. »

— Eso no es cosa del diablo, don Demóstenes.

— *El Diablo en París* es el título de un libro que trata de las costumbres de París, y de muchos pueblos del mundo. Es una crítica muy ingeniosa, y por otra parte muy instructiva. ¿Quieres que te lea un capítulo entero?

— No, no me lea. Señáleme todas las láminas, que me gusta tanto ver las pinturas de los libros.

— Pues entonces, dijo don Demóstenes, aquí tienes el cementerio del Padre Lachaise, que fué edificado por un jesuita confesor del rey Luis XIV. Ahí tienes la capilla, y estos son los sauces babilónicos que adornan las callejuelas.

— ¡ Qué lindo! Pero es polvo lo que encierran las tumbas de Francia, como el que encierran las sepulturas de la parroquia, ¿no es esto?

— Sin duda, dijo don Demóstenes.

— ¿Y esta pintura, qué es lo que representa? dijo

Manuela, mostrándole una bonita lámina con el dedo.

— La tumba de Casimiro Perier.

— ¿Y esta que se parece á la tumba de Rosa?

— La de Molière, y de esa fué que tomé la idea de la que fabricó el maestro Pacho.

— ¿Y aquella, era de guaduas?

— De verjas de hierro.

— ¿Y de qué sirvió ese hombre en el mundo?

— De corregir las costumbres con sus inmortalis obras literarias. En Francia se premia á los que trabajan para la sociedad. Mira el cementerio de los israelitas, cubierto de sauces babilónicos, tilos y cipreses.

— ¿Y esta casita con cuatro estantillos por el frente, ¿qué viene siendo? preguntó Manuela, apuntando con su dedo sobre otra lámina.

— La tumba de Eloisa y Abelardo, que hoy tiene mas de 600 años y todavía es visitada con veneracion; y algunos dias amanece adornada con ramilletes de flores. Los granadinos que han estado en París no se han venido sin ir á tributarle sus respetos.

— ¿Son los huesos de algunos santos?

— De dos amantes muy desgraciados.

— ¿Amantes? Cuénteme; que todo lo que es desgracia, tristeza y melancolía es lo que hoy recibe mi corazon con agrado. Rosa murió tambien por resultados del amor, segun me ha parecido: por la pena de verse desechada sin dar motivo ninguno, y Rosa tiene tambien un monumento sobre su sepultura. La señora Eloisa de allá de Francia seria desgraciada por la persecucion, y Rosa porque fué primero burlada por un rico y despues traicionada y abandonada por un pobre. Yo no sé cuál merezca mas las flores y los recuerdos por 600 años. Ya se ve que Rosa no era sino una pobre peona del Retiro, y la igualdad no alcanza hasta la pobreza, ni aun siquiera en la tumba, porque los ricos no quieren que los entierren en el suelo; ni aun en los sufragios de la iglesia, porque para los pobres no hay canto, pero ni siquiera dobles de campanas, como Vd. lo sabe. Gracias á que Vd. se apersonó por la desdichada estanciera, y que hizo sembrar esa mata de rosa y poner unas letras, que si no, de aquí á tres años ya no habría quien se acordase de ella. Yo sí creo que no la olvidaré nunca, porque esas personas con las cuales una se cria, juega, llora y padece, jamás se olvidan. Nunca iré al charco de Guadual sin dar un suspiro por Rosa, ni vendré al cementerio sin rezarle un Padre nuestro. ¡ Ah Rosa, que me parece que la estoy viendo venir y que me mira con esos ojos tan hermosos que tenía! ¡ Ah miseria la de esta vida!

Diciendo esto Manuela, se puso la mano en la frente y se quedó con los ojos fijos en la alfombra de grama sobre que estaba sentada. Un rato despues se volvió ella para su casa, y don Demóstenes prolongó su paseo por las inmediaciones, hasta cerca de la noche.

## XXVI.

## CACERÍA DE CAFUCHES.

Don Demóstenes y ñor Dimas estaban citados para una cacería de cafuches en las tierras de la Hondura. A las cinco de la mañana partieron de la parroquia, el uno con la escopeta al hombro y el otro con una estu-penda lanza. Ayacucho, Reló y Sargento seguian fielmente los pasos de los cazadores.

Despues de caminar legua y media por una senda sombreada y obstruida por las ramas y los bejucos, llegaron los cazadores á la estancia del ciudadano Juan de la Cruz, á cuya sementera se decía que estaban *empicados* los cafuches. La casa no se veía sino al llegar al patio, por las acacias misteriosas que la cubrían. Media docena de perros bravos salieron al encuentro de los viajeros; mas ñor Dimas los puso de su parte, llamándolos á todos por su nombre, y todo el alboroto de los latidos vino á parar en un examen dilatado que hicieron del benemérito Ayacucho, oliéndole todos el rabo, ceremonia que se había ejecutado en otras estancias, con mas ó menos escrupulosidad.

El ciudadano Cruz estaba limpiando y poniendo al sol unas enjalmas; y en una tasajera brillaban cundidos de moscas verdes, unos cuantos girones de una especie de carne azul en la forma de tasajo.

— ¡ Ajá! le dijo ñor Dimas á su compañero; mi ahijado ha venido de Bogotá, porque todos los que vamos al mercado compramos hígados y bofes, y á los cinco dias los salamos, y es una comida que por aquí nos agrada en extremo, con plátano asado, ají y guarapo que no esté dulce.

En seguida le preguntó ñor Dimas al estanciero qué tal le había ido de viaje, y éste lo impuso de todo y le dijo que los plátanos los había regalado, y que el grano de la pierna se le había encontrado. Era maravilloso el cariño con que el estanciero trataba á los forasteros. La risa no se apartaba de sus labios expresando el deseo de complacerlos. Don Demóstenes estaba encantado de tanta benevolencia, y sus simpatías correspondieron á los agasajos de un hombre tan excelente.

— ¿Y mi ahijada? le preguntó ñor Dimas al estanciero.

— Se fué á lavarse á la quebrada. Yo lo que quiero es que esté á todo su gusto la pobre de Magdalena.

— Le hablaremos al pasar, dijo ñor Dimas.

— O quién sabe si se fué á la casa de alguna de sus vecinas, porque yo no le estorbo su gusto.

Salió á ofrecerles trago y tabaco una especie de peona llamada Nicolasa, de buen porte y regulares facciones, la cual tenía tres ó cuatro llaves prendidas en la cintura.

Don Demóstenes no aceptó; porque no era muy decidido por el anisado popular; y los cigarros le parecieron de mala calidad seguramente, ó la vista de la carne y de las enjalmas le ahuyentó el apetito.

Los cazadores fueron informados de que los cafuches habían venido á la roza de maíz y que habían derribado un cuadro. Cruz les dió señas de la senda de la roza, y le juró á don Demóstenes que sentía en el alma no poderlo acompañar, por causa del grano que tenía en la pierna.

Cuando se acercaron á la roza, se metió don Demóstenes entre el maíz, y encontró á la guardiana recogiendo las cañas y las mazorcas que los cafuches habían derribado, como si hubiese entrado una tropa de mil bueyes á pastar en la labranza.

— ¿Quién ha causado todo este daño? dijo don Demóstenes á una negra que cuidaba de la roza de maíz.

— Los cafuches, le contestó la guardiana.

— ¿Por qué no los ahuyentan con maldiciones y piedras como á las guacamayas?

— Porque ellos vienen á la media noche, y mi mama Magdalena les toca el cacho por aquí á la redonda; pero ni por esas.

— ¿Y por qué no los cogen á todos juntos?

— ¿Cómo, señor?

— Muy fácilmente. Se rodea toda la roza con una cerca de palo, que para eso el bosque está melido en la labranza; se les deja abierta la puerta, y cuando hayan entrado todos, vienes tú corriendo y la cierras. ¿Cuántos serán los cafuches?

— Son dos veintes, fuera de nueve chiquitos.

— Son cuarenta y nueve, que dejándolos engordar y llevándolos al mercado de Bogotá, dan mas de doscientos pesos, que es mejor ganancia que la que podía dar el maíz en grano, ¿no te parece, linda guardiana?

La chica soltó la risa y contestó:

— Mire, váyase por la senda que comienza debajo de aquel palosanto, y siga al salitre, que allá los encuentra todos dormidos, eche unas cuatro manotadas de municion en la escopeta, y de un tiro los mata todos.

Ñor Dimas había oído la relacion, y tomó sus medidas para la corrida de los cafuches, diciéndole á su segundo:

— Su persona se va derecho arriba por el camino que cruza la senda de esta roza, antes de llegar á la orilla, y se va y se planta de parada en la angostura de dos cerritos que se topan en la quebrada; porque la manada pasa por ahí, al embarcar á la montaña grande, cuando yo la espante de para arriba. Su persona le tira al último que pase, y luego yo y seguimos con los perros toda la manada, hasta cansarlos, y matamos una docena; y que es limpia esa montaña de arriba como un platanal. Pero eso sí, su persona honrada se ha de estar quieta como un estantillo, sin estornudar, ni cantar, ni silbar, ni cortar palitos con el cuchillo, ni conversar si pasa alguna estanciera, aunque sea la mas bonita de todas las perillanas; y para no estornudar, no se meta el tabaco por las narices; mas bien masque dos cachetes como yo masco, y si gusta, aquí tengo en la chuspa unos chicotes que me regaló Melchora.

— Muchas gracias, amigo Dimas. Es Vd. muy bondadoso; pero sírvase decirme, ¿con qué objeto quiere usted restringirme la libertad de cortar palitos, de moverme y de estornudar? ¡ Si Vd. supiera que yo soy de una escuela que no admite trabas sociales!...

— Es porque así lo requieren las leyes de la parada.

— Con que yo, que no admito códigos draconianos, ni sesiones secretas, ni diplomacia, ni teocracia ¿he de sujetarme ahora á las ordenanzas de la parada?

— Pues « el que se obliga á querer se obliga á padecer. » Si Vd. quiere coger cafuches, es menester que se sujete á las *indormias* que nosotros usamos para cogerlos.

— Pero sírvase Vd. decirme, ¿qué objeto ostensible tiene el precepto de convertirme en estatua, en la parada que Vd. me designe?

— Es porque los marranos tienen mas de cinco sentidos, y si lo sienten á su merced por ahí, se vuelven abajo y entonces la cacería es perdida, porque esas tierras de la Hondura se componen de bovedales, de cañadas y picachos propios para esconder los cafuches, los ladrones y los desertores, y entonces nos hacen cansar á los perros y nos dejan con las narices mas largas que el pico de un yátaro. Esto es lo que hay en el caso, y si su merced no se obliga, todavía tenemos tiempo de volvernos; y yo no sentiré sino lo que dirán las niñas de la parroquia, de vernos entrar con una mano sobre otra.

— Pues me obligo, taita Dimas, dijo don Demóstenes, armado de una resignacion enteramente filosófica.

Ñor Dimas tomó la senda del Salitre y don Demóstenes el camino un poco trillado de la montaña de Santa Tecla; pero se detuvo á unas pocas cuadras de distancia, por unos lamentos que oyó en el monte, adonde se entró con la escopeta preparada; y al romper una trinchera vegetal de platanillo, vió un espectáculo propio de los tiempos de Torquemada, Atila, Nerón y Robespierre; vió una mujer colgada de las dos manos juntas, tocando escasamente el suelo con los dedos de los pies, y oyó que la mujer decía:

— De no ser la muerte, ¿quién puede librarme á mi de mis sufrimientos tan grandes?

— ¡ Yo, mujer desdichada! gritó don Demóstenes, y levantó su cuchillo para cortar las ataduras.

— Conténgase, caballero, porque me perjudica, exclamó la pobre mujer; ¡ no me suelte, por el amor de Dios!

(Se continuará.)



### La Guillotina.

El grabado que publicamos en esta página, es reproducción de una estampa rara y curiosa del siglo XVI, que representa una guillotina, ó mejor dicho un instrumento de decapitación.

Existe un grabado de Aldegrever, señalada de este modo en el *Manuel de l'Amateur d'estampes* de M. Ch. Le Blanc :

«Nº 240. — Tito Manlio, 1553. Altura 114 milímetros, anchura 72 milímetros. En esta plancha se halla representada una guillotina.»

Con efecto, se ve al hijo de Manlio Torcuato arrodillado ante una máquina provista de una cuchilla de filo convexo que se desliza por medio de ranuras, y bajo la cual sujetan su cabeza.

Aldegrever Heinrich, pintor y grabador, discípulo de Alberto Durer, nació en 1502 en Paderborn.

Segun esas dos estampas del mismo siglo, es de suponer que se había experimentado el instrumento.

En una Memoria sobre la guillotina, M. Dubois d'Amien, expresa la opinion de que este instrumento de suplicio, cuya invencion se ha atribuido sin fundamento al doctor Guillotin, habría sido imaginado por el cirujano Louis, quien en 1793 propuso la adopción de un aparato mecánico que se usaba entonces en Inglaterra.

Es evidente que este cirujano no pudo inventar un aparato que servía ya en un país vecino. Nada lo hace suponer en la consulta inserta en el *Moniteur* del mes de marzo de 1792.

Efectivamente, después de decir que los instrumentos cortantes no tienen efecto rápido y seguro sino por

una acción oblicua, Louis examina las dificultades de la decapitación por los medios que se usaban en otros tiempos.

«Es preciso, dice, para la exactitud del procedimiento, que dependa de medios mecánicos invariables, cuya fuerza y efecto puedan determinarse igualmente. Este es el partido que se ha tomado en Inglaterra.»

» Tienden al criminal boca abajo, entre dos postes sujetos por arriba con un tablon, desde donde cae sobre el cuello la hacha convexa.

» El lomo del instrumento debe ser bastante fuerte y pesado para obrar eficazmente: sabido es que su fuerza aumenta en razón á la altura de donde cae.

» Es muy fácil construir esta máquina, cuyo efecto es infalible.»

Creemos interesantes los siguientes datos tomados de M. L. Dubois:



La guillotina en el siglo XVI. — Fac-símile de una estampa de aquella época.

«El código penal de 1791 decía en el artículo 2, que la pena capital se impondría cortando la cabeza al reo. Ahora bien, la ley y la humanidad se interesaban en hallar una máquina que hiciera caer pronto la cabeza del paciente, sin dolor prolongado y empleando lo menos posible la intervención del ejecutor. Pero antes de los doctores Guillotin y Louis, antes del mecánico Schmidt, se habían usado máquinas de decapitación en diversas comarcas de Europa, y aun se dice que la primera fué inventada por los antiguos persas. La guillotina no fué pues una invención, sino un perfeccionamiento. Con efecto, en Escocia, dice Robertson, cortaban la cabeza á los nobles por medio de una cuchilla que bajaba por dos ranuras hasta caer sobre el cuello del paciente. En su *Viajero francés*, el abate La Porte habla con algunos detalles de este instrumento. Dos antiguas estampas alemanas ofrecen también una máquina que

debió dar idea de la actual guillotina: una es de Pentz y la otra de Aldegrever. A principios del siglo XVI Lucas de Granach, pintor y grabador en madera en Wittenberg, hizo un grabado que representa un suplicio de su tiempo y país.

» La Italia podría reclamar también la invención del instrumento que tiene por objeto abreviar los dolores de los ajusticiados. Achille en 1553, en sus *Symbolicæ questiones de universo genere*, hizo grabar la figura de una máquina de decapitar. Todos estos instrumentos no son otra cosa que la *mannia* de los italianos, definida así por los lexicógrafos: hacha para cortar la cabeza. Sin duda esta *mannia* se empleó en Génova el 13 de mayo de 1507 para el suplicio del conspirador Giustiniani.

» Aun en Francia no era cosa enteramente nueva una máquina de decapitar, si bien es cierto que se usaba

poquísimo. En las *Memorias de Puysegur*, edición de 1690, leemos que el mariscal de Montmorency fué decapitado así en Tolosa en el año 1632: «En este país emplean una cuchilla que está entre dos pedazos de madera, y cuando está la cabeza debajo, sueltan la cuerda y la cuchilla baja y separa la cabeza del cuerpo.» No es otra cosa que la *mannia*.

» ... El nombre de *Guillotina* se le aplicó en diciembre de 1789 por una canción de los *Hechos de los Apóstoles*. La primera experiencia se hizo el 25 de abril de 1792 sobre Nicolás Jacques Pelletier, condenado el 24 de enero anterior por robo con violencia en la vía pública.»

Limitaremos á lo dicho los comentarios sobre el grabado que se ve en esta página. El nombre del inventor de la guillotina es desconocido, como el del inventor de la pólvora.

C. J.